

56

IDAD AUT

CCIÓN GEN



SANCHEZ

—
SERMONIC

YARIOS



BX175

S2

V.9

C.1

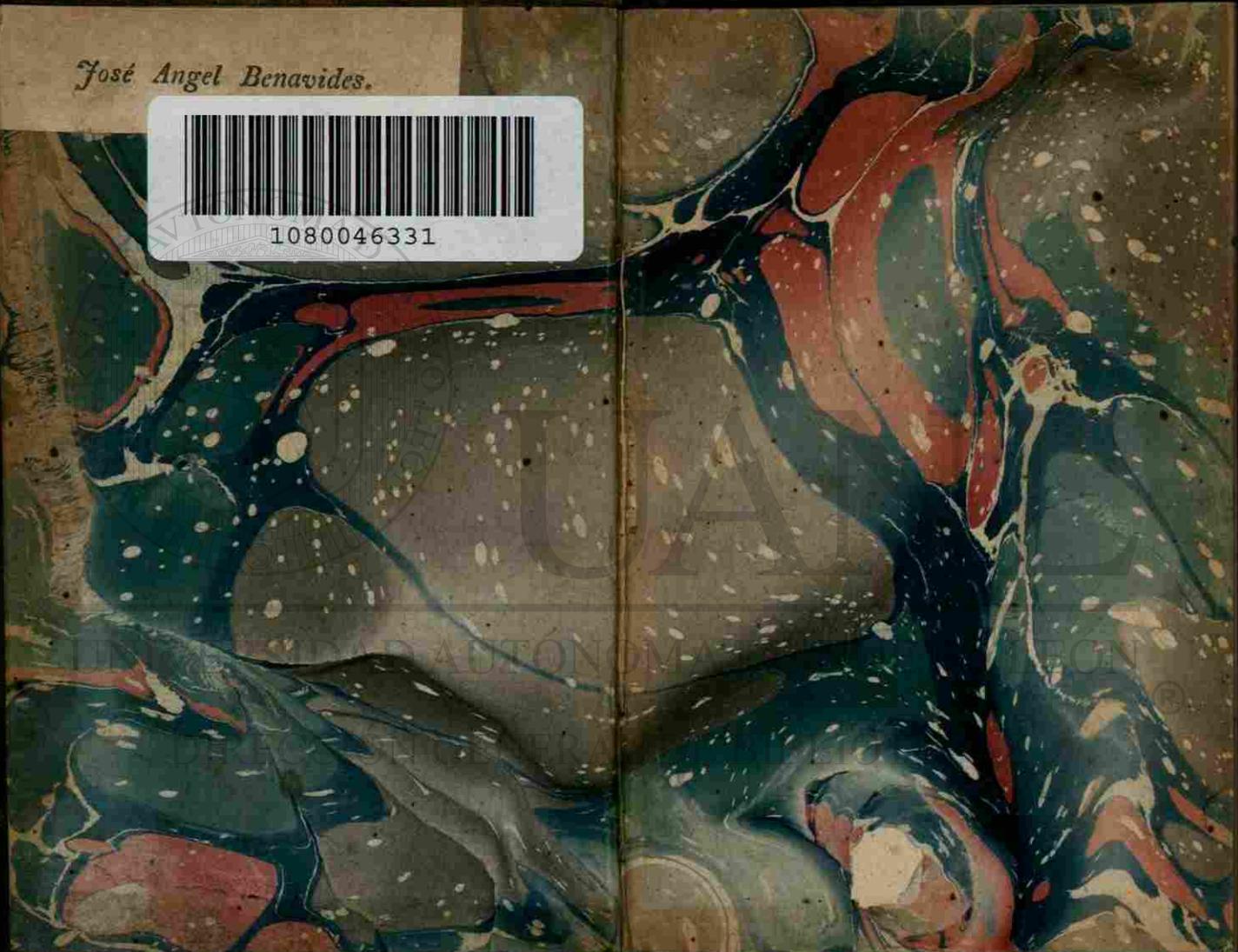
135787



José Angel Benavides.



1080046331



E#2-6#43

252



SERMONES VESPERTINOS
Ó DE MISION.

TOMO IX.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

SERMONES

VESPERTINOS

Ó DE MISION.

SU AUTOR

*El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
lector dos veces jubilado y del número,
doctor en Teología, calificador del santo
Oficio, &c. morador en el convento de
S. Antonio Abad de Granada.*

TOMO IX.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID: 1818. FONDO BIBL. DE N. LEÓN
Por la Viuda de Barco Lopez.

Con las licencias necesarias.

38104

BX1756

SERMONES

V. 9



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135787

PROTESTA DEL AUTOR.



Mis largas y continuas tareas de cátedra, púlpito, confesonario y bufete exigían de justicia algún descanso, principalmente en una edad avanzada. Había pues resuelto dexar ya la pluma, para tratar únicamente del negocio de mi

salud eterna. Mas han sido tantas y tan urgentes las instancias de varios ministros de la palabra por algunos Sermones Vespertinos ó de Mision, y de Misterios, que he llegado á formar escrúpulo de no publicar los que he predicado : no sea que me tome el Señor cuenta de haber ocultado y reservado, tal vez para pasto de las pollillas, unos discursos que podrán ser de algun fruto en el pueblo cristiano, si Dios se digna animarlos de su omnipotente virtud y eficacia. Ellos en efecto encier-

ran grandes verdades dignas de la cátedra del Espíritu Santo, y acomodadas á la instruccion y correccion de los fieles. Confieso que tendrán sus defectos, los que reconozco por hijos de mi limitacion : y lo bueno que tuvieren debe referirse á Dios, de quien desciende todo bien. En todo me sujeto al juicio de nuestra madre la Iglesia y de los sabios. Estos, me persuado, sabrán apreciar, si no la execucion de la obra, á lo menos esta mi reverente sumision y zelo de las almas.

gura de los nuestros, al tiempo mismo que la mayor confianza en la bondad del Señor, deben inspirarnos un saludable temor, y el mas humilde respeto ácia su santuario. Nuestros templos en efecto, mas augustos que el Jerosolimitano, son unos lugares consagrados á Dios, destinados á los ejercicios de la religion, á la oracion, al sacrificio santo, á los oficios de piedad, y á las alabanzas con que el Señor quiere ser honrado: pues aunque por su inmensidad existe en todas partes por esencia, presencia y potencia; por cuya razon dice S. Pablo, que conviene orar en todas partes, porque en todo lugar le es debido el sacrificio de alabanza; con todo, eligió para sí ciertas porciones de tierra, que consagradas á su nombre, mira como sus delicias, como su casa propia y lugar destinado para recibir los homenajes de-

bidos á su soberanía, y comunicar como desde propiciatorio sus adorables misericordias al hombre.

Hé aqui, señores, el alto origen del respeto debido á los templos; del temor reverencial con que debemos estar en el santuario, y de la confianza con que en él podemos dirigir á Dios nuestras súplicas. El Señor está en el templo, decia el Real Profeta, y está asimismo en el cielo. En el templo, porque en él justifica á los pecadores; y en el cielo como en su trono, porque en él beatifica á los bienaventurados. En el templo, porque en él se comunica á los justos; y en el cielo, porque en él es glorificado por los ángeles y por los hombres. En el templo, donde real y verdaderamente existe Jesucristo Sacramentado por nuestro amor; y en el cielo, porque allí creemos está sentado á la diestra de su Eterno Padre. En el

templo, porque allí participamos de la gracia de los sacramentos, y aun del mismo Cuerpo y Sangre de Jesucristo, que se nos da por vianda, y como un gage ó prenda de la bienaventuranza; y en el cielo, donde esperamos gozarle eternamente en compañía de los ángeles y santos, embriagados con aquel torrente de dulzura, que les sirve de alimento y de bebida. *Dominus in templo sancto suo, Dominus in caelo sedes ejus.*

Motivos poderosos, que deben inspiraros las mas santas disposiciones para entrar en el templo de Dios. Su santidad debe infundiros un saludable temor de profanarlo, para no haceros acreedores á los terribles castigos que ha fulminado el Señor, y executado en los reos de semejantes delitos. Las gracias y dones que en el templo recibimos deben excitar nuestra piedad, para presentarnos en él con

humildad, respeto y confianza. Esta será la materia del discurso, que para mayor claridad dividiré en dos reflexiones: En la primera os haré ver los fundamentos del saludable temor y reverencia que la santidad de Dios debe inspirarnos en su templo. En la segunda, la cristiana piedad y confianza que allí debe llenar nuestros ánimos, atendidos los beneficios que recibimos en la casa del Señor.

Yo me lisonjeo de vuestra atención, mientras en cumplimiento de mis deberes apostólicos pretendo daros una idea justa de nuestros templos, para confusion de los pecadores que osan profanarlos, y edificación de los fieles que vienen á santificarse en ellos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la santa Virgen, su vivo y verdadero templo. Saludémosla con el ángel. *Ave maria.*

Elegi, et sanctificavi. &c.

Por poco que reflexemos sobre la sagrada historia de nuestra religion, hallaremos las pruebas mas convincentes del respetuoso temor que la santidad de Dios debe inspirarnos en su templo: lugar destinado en sus sabios consejos para recibir los homenajes debidos á su soberanía; lugar consagrado á su nombre, y santo por consiguiente, segun la expresion del Espíritu divino; que quiso distinguirlo baxo esta denominacion, de los soberbios palacios y mausoleos de los reyes; lugar en fin destinado á recibir los honores y alabanzas de los hombres, y á la distribucion de sus gracias y liberalidades con ellos. ¡Qué de ilustres figuras, qué de

expresos oráculos sobre la santidad de nuestras iglesias, no hallamos en uno y otro testamento!

Cuando se presentó á Jacob la figura de nuestros templos en aquella misteriosa escala, cuya parte superior llegaba al cielo, y por la cual subian y baxaban sin cesar los ángeles, exclamó diciendo: *¡cuán terrible es este lugar! No hay aqui otra cosa que la casa de Dios y la puerta del cielo. ¡Quam terribilis est locus iste! Hic domus Dei est, et porta caeli.*

Asimismo, cuando el Señor, movido á compasion por las duras aflicciones que padecía su pueblo en Egipto, llamó á Moyses en la montaña que habia consagrado por su divina preseneia en una especie de templo, le dixo estas palabras: *no te acerques aqui: desálzate, porque el lugar en que estás es tierra santa. Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham,*

Dios de Isaac, Dios de Jacob; cuya voz penetrante llenó de tal respeto y pavor á Moyses, que ocultó su rostro, sin atreverse á mirar al Señor. Poseídos de este saludable temor y reverencia los sacerdotes de la estirpe de Aaron, entraban descalzos al lugar del sacrificio, para testificar por esta ceremonia exterior, como reflexiona un sabio, la humillacion mas profunda á la Magestad de Dios.

¿Qué mas? cuando Salomon hizo la dedicacion del templo, no osaban entrar en él los sacerdotes, porque estaba lleno de la magestad del Señor; pues considerando de una parte la grandeza de Dios, y de otra la nada y la vileza propia, no se atrevian á acercarse á un lugar tan santo. Este es el precepto que el Señor les habia intimado en el Levítico, diciéndoles: *entrad llenos de temor en mi santuario: yo soy el Señor: Pa-*

vete ad sanctuarium meum, ego Dominus. Penetrado David de estos mismos sentimientos, decia: *entraré; Dios mio! en tu casa, y os adoraré con temor en vuestro templo.* Esta misma reverencia manifestó el publicano, cuando detenido por respeto á la puerta del santuario, no osaba levantar sus ojos al cielo, ocupado en humillar su corazon, y en pedir al Señor el perdon de sus pecados.

Si con tanto respeto pues trataron los antiguos santos la figura de nuestros misterios, ¿en qué consiste, dice S. Bernardo, que miremos nosotros con tanto desprecio á los misterios mismos? Si Jacob en medio de un campo, porque creia presente á Dios, lo reputaba por el lugar mas santo y mas sagrado, ¿porqué nosotros miramos las iglesias, donde creemos que real y verdaderamente habita Jesucristo, con tan poca modestia

10 SERMONES

y reverencia, como si estuviésemos en el teatro ó en el campo?

¡Qué vergonzosa confusion, señores! La iglesia, la casa de Dios, el paraíso de sus delicias sobre la tierra, se ha convertido ya en casa de conversacion, donde no tanto se trata de dar culto y alabanza al Señor, de implorar su misericordia, de gemir por nuestras culpas, cuanto de las vagatelas y futilidades del mundo; de ver y de ser vistos; de hacer ostentacion del lujo y de la moda, por mas criminal y detestable que ella sea: y como si no bastase para irritar al Señor haberle injuriado en las calles, plazas y teatros, se le viene á insultar en el sagrado asilo de su propia casa con la vanidad, la cita, la seña, la palabra inmodesta.

¡Ah! ¿cuándo volvereis vosotros, dias felices de la primitiva Iglesia, siglos religiosos, en que

DE MISION. 11

no osaban los fieles hablar, ni aun entre dientes, en el templo, ni les era lícito respirar con fuerza? Oid á Casiano: "cuando se juntan, dice, á celebrar las solemnidades, hay tanto silencio entre la innumerable multitud, que solo se oye al que canta los himnos; y al acabarse la oracion principalmente, ni escupen, ni se suenan las narices, hasta haber el sacerdote concluido las preces." Sabemos asimismo por los anales eclesiásticos, que San Juan Crisóstomo se salió un dia de la iglesia, en que iba á ofrecer el sacrificio de paz, por haber hablado con alguna alteracion á un obispo muy porfiado y orgulloso. Ni debemos ignorar que San Gerónimo no se atrevia á entrar en las capillas de los mártires cuando habia tenido alguna ilusion, aun entre sueños.

¿Pero qué mucho? Los paganos mismos y los demas sectarios de

falsas religiones ¿no tienen mas respeto á sus templos, que los cristianos de nuestros dias al del Dios verdadero? Entremos en ellos, decia un gentil, con la mayor modestia. Al acercarnos al sacrificio baxemos la cabeza, y preparemos la ropa con mucha compostura, persuadidos á que todos los males que nos sobrevienen dimanarian de nuestra falta de veneracion en el templo. "Si esto es asi, dice S. Agustín, ¿qué deberemos esperar nosotros, que profanamos diariamente el santuario del verdadero Dios?"

¡Ah! si en el momento que aquí hablo revelára el Señor (como lo hará en el dia de su ira) los pecados que se cometen en este templo, veriais con admiracion ser mayores que las abominaciones que manifestó Dios á su profeta Ezequiel, conduciéndole en espíritu al templo de Jerusalem. Aquí veriais á uno, que elevado sin vocacion

al estado formidable de ministro del santuario, entra en él con la ambicion de un tirano que pretende robar á Jesucristo su corona y su real sacerdocio; y que sin tratar mas que de sus propios intereses, abandona los de Dios y de su grey como pastor mercenario. Allí otro, que debiendo ser del número de los que oyen con sumision, tiene la vanidad de erigirse en maestro de otros, y la temeridad de hacerse juez de la palabra divina, en vez de abrigharla en su corazon, á fin de que ella obrase el milagro de su conversion. Aquí multitud de pecadores, que debiendo contentarse con gemir por sus delitos á las puertas de la iglesia, á imitacion del publicano, tienen la osadía de acercarse á la sagrada mesa á participar de los divinos misterios. Allí multitud de jóvenes del otro sexô, que debiendo entrar en el templo

llenas de humildad , como la pecadora del evangelio , se dexan ver en él con el orgullo de aquella infeliz Babilonia de que habla el Apocalipsis. Aqui unas en trage artificioso , otras llenas de vanidad fastuosa , que en vez de humillarse como las almas fieles , solo presentan su hipocresía ó su soberbia. Allí..... ¿Mas para qué os molesto con la enumeracion prolixa de los enormes delitos que se cometen en el santuario , de los cuales podeis deponer como testigos? ¿Mirará el Señor con indiferencia esta profanacion de su casa?

¡Ah! temblad , mortales , y estremeceos al oír los terribles juicios de un Dios zeloso de su honra , y que á nadie cede su gloria. Traed , os ruego , á la memoria los horribles castigos que executó en los hijos de Aaron y de Leví , profanadores del santuario : ni olvideis la suerte de Oza , castigado

con muerte repentina por solo haber tocado con poca reverencia el arca del testamento , figura de la Iglesia ; ni perdais de vista la muerte violenta de cincuenta mil betsamitas por solo haber mirado con ojos curiosos esta arca misma. Preguntad al rey Baltasar ¿porqué perdió el imperio y la vida? Él os dirá , que por haber profanado los vasos sagrados. Preguntad , repito , á Heliodoro ¿porqué le azotaron con tanto rigor los ángeles? Y os responderá , que por haber pretendido ocupar los tesoros del templo. Preguntad al rey Antíoco ¿porqué fué entregado por presa á un ejército de gusanos , que bien presto le consumieron? Y os dirá , que por haber violado el santuario. Y si me preguntais ¿porqué fueron castigados los judíos con tanta severidad , dispersos por todo el mundo , sin ley , sin sacerdocio , sin sacrificio? os diré con Jeremías,

que por haber cometido graves delitos en el templo.

La ley antigua, oigo decir á algunos, era una ley de rigor y de justicia; mas la de gracia es ley de misericordia y de dulzura. En ella el Dios de las venganzas se ha convertido en Padre de las misericordias. ¿Y dexará por esto impunes los delitos? ¡Ah! no os engañéis, señores: Dios no será burlado. En una y otra ley, dice un abad venerable, es Juez incorruptible, sin acepcion de tiempos ni personas. Pero con esta diferencia, que en la antigua castigaba Dios por ministerio de ángeles; mas en la nueva castiga por su propia mano: porque siendo mas ilustrados que los judíos, es mayor nuestra ingratitud.

En efecto, cuando quiso castigar el crimen de lucifer, hizo que S. Miguél, príncipe de la milicia celestial, le arrojase á los abis-

mos. Cuando determinó castigar con fuego del cielo las abominables ciudades de Pentápolis, lo hizo por ministerio de ángeles. Lo mismo executó en orden á Faraon, Sennacherib, y otros tiranos de su pueblo. Mas cuando Jesucristo trató de castigar á los profanadores de su casa, tomó la venganza por sí mismo.

Abrid el sagrado libro de los evangelios, y vereis á este Dios Hombre, la mansedumbre por esencia, y la misericordia por naturaleza, que sufrió ser perseguido, tolerando con paciencia las mas atroces injurias; que al ver profanada la casa de su Padre, devorado del zelo de su honra, toma un látigo, y arroja de ella á los contratantes, derribando sus mesas y dinero por el suelo. Mi casa, les dice, es casa de oracion, y vosotros la habeis convertido en casa de negociacion. Ni debeis, se-

ñores, perder de vista, que todo lo que á la sazón vendian los judios en el templo, ó por mejor decir, en sus átrios, eran cosas destinadas para los sacrificios. Sin embargo los castiga con rigor, porque faltaban al respeto debido al santuario: crimen abominable, delito horrendo, que trae sobre nosotros la ira del Señor, y que con dificultad se nos perdona.

¡Pueblo mio! os diré con un profeta, el que os llama feliz, ese os engaña. Dios ha fulminado contra los profanadores de su templo las mas terribles amenazas. Oidle hablar por Ezequiel: "Hijo del hombre, dice, entra á ver las abominaciones que executan estos en el templo." Y después de haberse las mostrado, concluye por estas notables palabras: "mis ojos no los perdonarán, ni me compadeceré de ellos, y cuando clamaren á grandes voces, no los

oiré." Ni es menos fuerte la expresión de S. Pablo á los corintios: "si alguno violare, dice, el templo de Dios, el Señor lo destruirá." El santo profeta Isaías da la razon, diciendo: "obró iniquidades en la tierra de los santos, y no verá la gloria del Señor."

No quiere decir esto, que hay pecados irremisibles en la Iglesia; sino la grave dificultad de que sean perdonados los que se cometen en el templo: no por falta de potestad en los dispensadores de los misterios de Dios, sino por falta de disposicion y de arrepentimiento en los reos; pues de ordinario en ellos un abismo llama otro: vuelven la espalda á Dios, como los jóvenes que vió Ezequiel: el Señor en castigo los abandona á sus pasiones, retira su gracia, ó ellos la resisten cerrando de propósito sus ojos á la luz, y caen

al fin en la impenitencia. ¡Qué consecuencias tan funestas!

Es verdad, dice un sabio, que no vemos en el día los castigos que executó Dios en otro tiempo en los Baltasares, Nabucodonosores, Antíocos y Heliodoros. ¿Mas juzgáis por esto que usará de menos rigor con los profanadores de estos últimos tiempos? ¿ó que son menos frecuentes y menos criminales las abominaciones del santuario en nuestros días? ¡Ah! estos castigos exteriores y visibles que Dios ha executado mas de una vez en el mundo sobre los impíos que han profanado su templo, son una ligera sombra, un simple bosquejo de los suplicios que tiene preparados en la eternidad á los cristianos, que habiendo profanado el santuario, mueren sin haber hecho verdadera penitencia. ¿Sabeis por qué, señores? porque la profanacion que por sus pecados co-

meten los cristianos en el templo es mucho mas grave y mas injuriosa á Dios, que la de los paganos, judíos y hereges; pues teniendo estos menos luz que nosotros, debe ser mayor nuestro castigo.

Los cristianos en efecto se mo- fan del Señor en cierto modo al profanar sus templos. Mas caerán al fin entre las manos de Dios vivo: el cual si calla ahora por su mucha paciencia; si disimula las profanaciones de su santuario; si no arroja de él á los delincuentes, como á los que profanaban el de Jerusalem, llegara un día en que castigue con eterno suplicio, y con mas rigor que á los habitantes de Sodoma, de Corozaim y de Bethsayda, á los que le han insultado en su mismo asilo, queriéndolo arrojar de su casa; es decir, moviendo su ira, para que retire sus gracias del propiciato-

rio mismo de su clemencia.

Y en esta hipótesis ¿dónde le hallaremos, señores? ¡Ah! en las conversaciones reina la maledicencia; en los teatros la impureza; la usura y dolo en el comercio; la envidia en la sociedad; en las familias la discordia; la blasfemia en las calles y plazas: el mundo está cubierto de iniquidad, sin hallarse mas que concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida, como S. Juan se explica. Si le arrojamos pues por nuestros pecados del templo, donde creemos que habita no solo por esencia, presencia y potencia, sino real y verdaderamente en el Sacramento de nuestros altares, ¿dónde le encontraremos?

¡Ay de ellos! dice Dios por un profeta, cuando de ellos me separe; cuando retire mis gracias; cuando los dexé en tinieblas. ¿De dónde proviene, clama por Jere-

mías, que mi amado haya cometido tantas maldades en mi casa? como si dixera, para explicarme con las palabras de un sabio: no me admiro que los infieles y hereges, mis enemigos declarados, profanen mis templos; pero que mi amado, esto es, los cristianos, á quienes he favorecido con tantas gracias, se rebelen contra mí en mi propia casa, esto es lo que me admira, al paso que me irrita. Que se maldiga en las conversaciones mundanas; que se use el dolo en las casas de juego; que se robe en los caminos; que se justifiquen las mas violentas pasiones, y se canonicen los crímenes de los espectáculos profanos y teatros, todos estos son delitos ordinarios á todos los lugares, y los castigaré con severidad en el día de mis venganzas. ¡Pero que se profanen mis templos! ¡que se cometan iniquidades en la tierra

de los santos! El que muera con este crimen no verá la gloria del Señor. *¿Quid est quod dilectus meus in domo mea fecit scelera multa? In terra sanctorum iniquè gessit, non videbit gloriam Domini.*

Estas fulminantes palabras deben, señores, penetrar el fondo de vuestros ánimos, é inspiraros un temor saludable, un profundo respeto y veneracion al templo, casa de Dios, casa de oracion, casa donde habita el Señor como en propiciatorio de su clemencia; casa en fin, que ha santificado en su misericordia para comunicarnos sus dones. ¡Qué ideas de tanto consuelo! ¡qué sentimientos de piedad! ¡qué confianza! ¡qué alegría espiritual no deben ellas excitar así en los justos, como en los pecadores que desean su conversion! Yo os lo haré ver en la segunda reflexion de este discurso, que paso á exponeros con la

posible brevedad. Seguidme atentos.

II. Como Dios no puede ser dignamente adorado sino por amor, no quiere en su templo adoradores tristes, sino poseidos de aquella alegría santa que á todos debe inspirarnos la dulce confianza en su paternal misericordia. *Cuando ayunais, dice Jesucristo, no aparezcáis tristes como los hipócritas;* para darnos á entender, que aun nuestras obras penales deben ir acompañadas del júbilo cristiano que infunde la esperanza de los bienes futuros. Sabemos en efecto por la historia de la religion, que no quiso Dios celebrase su pueblo fiestas ni sacrificios durante su mansion en Egipto, por ser tiempo de luto y de tristeza: y cuando el Espíritu Santo por boca de David hace hablar á este pueblo mismo cautivo en Babilonia, al saber su regreso á Jerusalem, al saber su regreso á Jerusalem, figura de la Iglesia, ¿con qué

voces de júbilo no se explica? Yo me regocijo al oír: *irémos á la casa del Señor: establecerémos jéru-salén! establecerémos nuestra morada en tu recinto.*

Si un pueblo pues cautivo aún se regocija tanto con solo la noticia de que llegará el día de ir á la casa de Dios, ¿cuál deberá ser la alegría de un pueblo ya rescatado? ¿cuánto el júbilo cristiano de nuestros corazones, bien sea considerando los beneficios que el Señor nos hace en el templo material, bien sea mirando á la Iglesia terrestre como figura de la celestial? Renovad aquí vuestra atención, para comprehender unas verdades que tanto os interesan.

“Ninguno de vosotros, decía San Juan Crisóstomo, ninguno sea insensible á la alegría, mientras está en la iglesia, porque este es un lugar, donde como en su propio centro estan deposita-

das nuestras mayores riquezas: *hic magnæ nostræ opes positæ sunt.* Todo es aquí precioso, todo grande, todo digno de nuestro amor y admiración. Aquí el Sol de justicia disipa las tinieblas de nuestra ignorancia por medio de la virtud y resplandor de la verdad que se nos predica. Esta casa, mucho mas necesaria y respetable que todas las que habitamos en el mundo, está llena, no tanto de tesoros que perecen, quanto de misericordia y de paz, que es el colmo de todos los bienes, y nos es dada por los ministros del Señor. No se hallan aquí estas mesas exquisitas y delicadas, presididas por el lujo, y donde la vanidad mira como precisa obligación la de lisonjear la gula y destemplanza. Pero se halla una mesa mucho mas estimable, donde los fieles son alimentados del pan de la palabra, y del Pan de los ángeles, viandas precio-

sísimas del cielo, que fortifican el cuerpo y santifican el alma. Aquí propiamente es donde se nos aplican los méritos de la pasión del Salvador por medio de unos signos sensibles, que al paso que sirven de ejercicio á nuestra fe, son el fundamento sólido de nuestra esperanza. Aun cuando entremos en el templo esclavos del demonio, podemos salir de él libres, con la libertad de hijos de Dios; y el pecado, que da la muerte al alma, será borrado allí, si debidamente queremos, por medio de la gracia que nos dará la vida.”

¡Qué consuelo, señores! ¡qué motivo de tanto júbilo para el alma verdaderamente cristiana, cuando en el templo considere el Cuerpo y Sangre del Santo de los santos con todos los tesoros de su divinidad en el adorable Sacramento, en que Jesucristo ofrece á su Eterno Padre el sacrificio de

si mismo, como una extension continua del de su pasión y muerte! Sacrificio, en que Jesucristo es el verdadero Sacerdote: sacrificio, en que el sacerdote ocupa el lugar de Jesucristo: sacrificio, en que cada uno de los fieles se une con el sacerdote. Por manera, que aunque se abrieran los cielos de los cielos, como el Crisóstomo se explica, nada encontraríamos mas sublime, mas santo, mas precioso, que lo que encierran nuestros tabernáculos. Aquí en efecto se nos comunica Jesucristo, no solo por su gracia en el sacro bautismo y en la penitencia; no solo por su Espíritu en el evangelio y en la confirmacion, sino tambien por medio de su santísima humanidad, y por su misma divinidad en la Eucaristía.

¿Será pues insensible vuestro corazón á presencia de tales ventajas? ¿Dexará de llenarse de ale-

gria y regocijo santo al entrar en un lugar, donde tan á manos llenas derrama el Señor sus misericordias? ¿Quién no lamentará la notable diferencia que en órden á los templos y solemnidades se observa entre los fieles primitivos y los de nuestros días? Aquellos sabemos por los padres que empleaban los dias festivos en cantar himnos y salmos á imitacion de los ángeles. Sabemos que á los dias de comunión llamaban *dias de alegría*: dias de tanta mocion espiritual, y de tanto júbilo, que levantándose muchos de la sagrada mesa eucarística, y dándose el ósculo de paz, caminaban alegres al martirio, á testificar con su sangre la Divinidad de Jesucristo.

Mas ¡ó lamentable relajacion de nuestro siglo! El templo donde habita el Dios de magestad es ya objeto de burla y de irrision: sus altares se profanan: se ridi-

culiza á sus ministros: sus augustas ceremonias se desprecian; y á los cánticos é himnos de alegría substituyen muchos la murmuracion, la chanza, la cita, la seña, la crítica mordaz; de suerte, que habiendo tal vez entrado en la iglesia con solo pecados veniales, salen de ella cubiertos de pecados gravísimos, como se explica S. Ambrosio. ¿Qué terrible lugar! exclama S. Bernardo; cuán digno de reverencia el que habitan los fieles; el que los ángeles frecuentan; el que ilustra el mismo Dios con su adorable presencia; y donde se nos comunica sin reserva! Juzguen pues lo que quieran los que solo gustan de las alegrías mundanas. Los verdaderos cristianos hallarán siempre en la Iglesia los mas urgentes motivos de regocijarse en el Señor, por las inmensas riquezas que encierra: *híc magnæ nostræ opes positæ sunt.*

¿Y qué diremos, atendidos los bienes futuros? ¿qué debemos solicitar en el templo? Levantad aquí vuestro espíritu al cielo, para considerar por un momento la grandeza de los misterios que os va S. Agustin á revelar por mi boca. El templo, dice, es símbolo del cielo, y por esta razon nos habla la Iglesia en su oficio de la celestial Jerusalem, figurada en nuestros santuarios. Acomodándose esta tierra madre á la debilidad de nuestras ideas, nos representa esta ciudad de gloria, edificada de oro y de piedras preciosas; esta esposa divina, adornada con una magnificencia digna del Esposo glorioso é inmortal; esta mansion inefable y eterna del paraíso, donde cesarán todos los males, donde se acabarán las dolencias, y donde la muerte misma será absorbida por una feliz inmortalidad.

Avivemos, señores, nuestra fe,

para conocer, que cuanto pasa en la Iglesia triunfante está figurado en la que milita sobre la tierra. Dios habita en la una con sus escogidos, y en la otra con sus ángeles y santos, comunicándose á los unos por su gracia, y á los otros por su gloria inefable. En una y otra le son dadas las mismas alabanzas, los mismos honores, y le son ofrecidas las mismas oraciones; porque la caridad anima á estos dos grandes cuerpos, hasta unirlos en un mismo rebaño baxo la direccion del soberano y único Pastor Jesucristo.

¿Qué motivo pues mas poderoso de alegría y de consuelo, que hallarnos en un lugar, cual es el templo, que nos representa vivamente aquella eternidad feliz á que aspiramos? En efecto, este edificio material que miramos es símbolo de otro que no vemos, y nos conduce al conocimiento de una ver-

dad, que regocija y anima nuestra fe.

Agregad á esto, que el templo es no solamente figura del cielo, sino tambien de nosotros mismos, que somos los templos de Dios, segun la expresion de S. Pablo: *templum Dei sanctum est, quod estis vos*. Templos santos, atendida su admirable construccion. Jesucristo es su fundamento y la piedra angular, porque nos sostiene: piedra firme, sobre la cual, como se explica S. Mateo, edificó el hombre sabio su casa, que por ningun acontecimiento puede ser arruinada; piedra angular que nos une; pues como dice el Apóstol: *es nuestra paz, que de dos pueblos hizo uno, destruyendo en su carne el muro de separacion*; es decir, las enemistades que los dividian. Todos los fieles, dice S. Pedro, son piedras vivas de este sagrado edificio; piedras talladas por la fe, llevadas

por la esperanza, y unidas por la caridad.

Esta casa, como reflexiona un sabio prelado, se edifica en el transcurso de los tiempos por medio de los sufrimientos y de las buenas obras, y será dedicada en la eternidad, cuando sea consumido por el fuego: todo lo que hay mortal sobre la tierra; porque Jesucristo transformará entonces nuestro cuerpo, haciéndole conforme al suyo inmortal y glorioso.

Es verdad que cuesta mucho trabajo vencer las malas inclinaciones, sujetar los movimientos impetuosos de un cuerpo desarreglado, y reunir por los vínculos de una perfecta paz lo que estaba dividido por los combates de la carne y del espíritu. Mas cuando esta grande obra esté acabada; cuando esta casa espiritual esté fundada sobre la unidad de la fe, edificada y adornada con todas las demas virtudes, en-

tonces es ya tiempo de la gloria y de la inmortalidad; y destruida esta casa de tierra, tendremos en el cielo, dice S. Pablo, una casa eterna, que no ha sido edificada por mano de los hombres: *domum non manu factam, eternam in caelis.* Asi en substancia se explica S. Agustín, para hacernos ver que la iglesia material es un símbolo expreso de la celestial Jerusalem, y que la consideracion de los bienes que en ella debemos poseer, como templos vivos de Dios, debe inspirarnos un santo regocijo.

¡Mas ah! ¿qué alegría, qué júbilo podrán experimentar en la iglesia los que solo vienen á ella por ceremonia ó por costumbre, por no decir, á su pesar, ó por su propio interes únicamente? Después de haber mudado la noche en dia, como Job se explica; es decir, después de haber gastado en placeres mundanos la mayor parte de la

noche; ¿cuántos no vienen á dormir al templo? Oprimido el cuerpo de mil desarreglos, ¿cómo podrán tributar á Dios el debido homenaje? Ofuscado el espíritu con los vapores groseros que levanta una carne nada mortificada, ¿cómo alabarán al Señor en espíritu y verdad? El sacerdote, como reflexiona un sabio, les manda levantar sus corazones al cielo durante el santo sacrificio, mientras ellos perseveran por lo comun adheridos á la tierra, y poseidos de un funesto letargo. ¿Qué alegría pues, qué júbilo santo, qué consuelo, qué confianza podrán ellos tener en estas circunstancias?

Formad, señores, os ruego por las entrañas de Jesucristo, por su terrible venida, por su reino inmortal, formad una idea justa de las disposiciones que deben animaros en el templo. Herederos de aquel temor religioso, de aquella

profunda reverencia; de aquel resan-
peto sumiso que penetró siempre
el corazón de nuestros padres en
la fe, y de los pecadores contritos,
temamos los terribles castigos con
que Dios amenaza á los profana-
dores de su santuario. Este es el
lugar que ha elegido y santificado
para que su nombre sea alabado
en él eternamente. Este es el pro-
piciatorio de su misericordia sobre
nosotros: el tabernáculo del Señor
con los hombres: el lugar de sus
delicias con nosotros: el símbolo en
fin expreso de la bienaventuranza.

Supuesto pues que en ella nada
puede entrar manchado, entremos
en el templo con temor y reve-
rencia, con el fin de purificarnos
por medio de una sincera peniten-
cia. Confesemos con dolor nuestros
pecados, y llenos de confianza en el
Señor, ofrezcámosle con alegría
cánticos de alabanza en acción de
gracias por sus infinitas misericor-

dias. Este es el único medio de en-
trar algun dia llenos de regocijo
en el templo de su gloria por una
feliz eternidad. Aquí tenéis, her-
manos míos, la imagen adorable
del Señor del templo, crucificado
por nuestro amor. Arrojaos á sus
pies, y con espíritu de compun-
cion y dolor de haberle ofendido,
decidle: Señor mio Jesucristo &c.



SERMON II

VESPertino

O DE MISION,

sobre el negocio de la salud eterna.

Rogamus autem vos fratres, ut negotium vestrum agatis. I. Thesal. 4.

Yo os ruego, hermanos mios, que hagais vuestro negocio.

SEÑORES:

Asi habla S. Pablo á los tesalonicenses, queriéndoles inspirar la suma importancia del negocio de su salvacion, objeto principal de la so-

licitud y desvelo de todo fiel cristiano, aunque el mas olvidado en nuestros dias. Este Apóstol de las gentes, arrebatado al tercer cielo, donde oyó arcanos inexplicables, conoció muy bien el gran secreto de nuestra eterna salud. Dios nos eligió, dice á los fieles de Efeso, Dios nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia.

No es pues nuestro destino obra del acaso ó del capricho, como lo son de ordinario los negocios de los hombres. Es obra meditada y conducida conforme al plan de la sabiduria eterna. Sellados con el carácter de hijos adoptivos, revestidos con las libreas de Jesucristo, y teñidos en su sangre, somos por eleccion de Dios los ciudadanos del cielo, los herederos de las promesas eternas, y los hijos del reino, si cumplimos con los deberes que

SERMON II

VESPertino

O DE MISION,

sobre el negocio de la salud eterna.

Rogamus autem vos fratres, ut negotium vestrum agatis. I. Thesal. 4.

Yo os ruego, hermanos míos, que hagais vuestro negocio.

SEÑORES:

Así habla S. Pablo á los tesalonicenses, queriéndoles inspirar la suma importancia del negocio de su salvacion, objeto principal de la so-

licitud y desvelo de todo fiel cristiano, aunque el mas olvidado en nuestros dias. Este Apóstol de las gentes, arrebatado al tercer cielo, donde oyó arcanos inexplicables, conoció muy bien el gran secreto de nuestra eterna salud. Dios nos eligió, dice á los fieles de Efeso, Dios nos eligió en Jesucristo antes de la creacion del mundo, para que fuésemos santos é inmaculados en su presencia.

No es pues nuestro destino obra del acaso ó del capricho, como lo son de ordinario los negocios de los hombres. Es obra meditada y conducida conforme al plan de la sabiduria eterna. Sellados con el carácter de hijos adoptivos, revestidos con las libreas de Jesucristo, y teñidos en su sangre, somos por eleccion de Dios los ciudadanos del cielo, los herederos de las promesas eternas, y los hijos del reino, si cumplimos con los deberes que

á este fin nos impone la religion; es decir, si trabajamos por ser santos é inmaculados en su presencia: *elegit nos in Christo ante mundi constitutionem, ut essemus sancti, et immaculati in conspectu ejus.*

Hé aqui, señores, el grande, el importante, el único negocio de todo fiel cristiano, que S. Pablo encarga á los tesalonicenses, y en ellos á todos nosotros, que nos debemos considerar como otros tantos negociantes sobre la tierra; negociantes digo, no de tesoros frágiles y percederos, sino de riquezas incorruptibles, atesoradas en el cielo, donde esten á cubierto de ladrones y libres de polilla. Este mundo en efecto es un gran mercado, al cual Dios nos envia á negociar nuestra salud eterna. Esto quiso darnos á entender Jesucristo con la parábola de los talentos, cuando nos dice, que el padre de familias premió con mano liberal á

los que los habian duplicado en el comercio, quitando el que habia dado al siervo perezoso, y arrojándole á las tinieblas exteriores; es decir, al infierno, por haber tenido ocioso su talento. Lo mismo nos intima en su evangelio, cuando dice en parábola: *semejante es el reino de los cielos á un hombre negociante que busca piedras preciosas, y luego que encuentra una de sumo valor y precio, vendz todo lo que tiene, y la compra.* Esta inestimable margarita es el gran negocio de la salud eterna, á cuyo comercio y lucro somos destinados por Dios desde la eternidad: negocio únicamente importante, y que solo puede hacernos felices.

Con arreglo pues á estos principios, os haré ver en primer lugar la prudencia con que debeis manejar el negocio de vuestra salud; y en segundo, el abandono con que lo mirais de ordinario: dos reflexio-

nes que dividen justamente la materia, y que son muy á propósito para vuestra instruccion y correccion. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Rogamus autem &c.

Cuando alguno emprende un asunto árduo y de gravedad, dicra la prudencia que lo medite bien, que elija los medios mas á propósito para su consecucion, y que trabaje con sollicitud por el feliz éxito de su empresa. Asi lo practican de ordinario los hijos del siglo, mas prudentes á veces que los de la luz, en el manejo de sus negocios: y lo que es mas, asi lo practicó Jesucristo en orden á nuestra salud; pero de un modo mas perfecto y

eminente. Desde la eternidad la concibió en su mente. Desde la encarnacion la deseó y adoptó en los medios; y trabajó por ella durante su vida, enseñándonos la senda de la bienaventuranza, que es el fin para que nos crió. Si queremos pues ser eternamente felices, es necesario avanzar este gran negocio con la mente, con el corazon y con las obras. Estas son las reglas que exige la prudencia cristiana. Reflexemos.

I. Como el Señor nos crió para que le sirviéramos en esta vida, y le gozásemos en la otra eternamente, nada pide tanta meditacion en el mundo, nada es tan necesario, dice S. Ambrosio, como el estudio de la salud del alma; porque si ella padece detrimento, ¿de qué utilidad podrá servir al hombre la consecucion del mundo entero, segun la expresion de Jesucristo? El mismo Salvador cuando vió á

Marta solícita y turbada por cosas temporales, la enseña que solo hay una cosa esencialmente necesaria, cual es la adoracion de Dios en espíritu y verdad, meditando su misericordia y su bondad, y observando su ley santa.

Por falta de esta meditacion, dice un padre de la Iglesia, parece una gran parte de los mortales: y el santo profeta Jeremías, queriendo denotar la causa de la desolacion del universo, sumergido en las mas atroces iniquidades, y anegado en un diluvio de males, la atribuye á falta de meditacion sobre el gran negocio de la salud eterna: *desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est qui recogitet corde.*

Notad ahora la gran diferencia con que los sabios y los ignorantes avanzan el negocio de su salud eterna. Aquellos contemplan las cosas espirituales, y estos las terrenas. Aquellos se ocupan con frecuencia

en meditar la bondad, la grandeza de Dios, la gloria de los santos, el esplendor de las virtudes, la senda de la bienaventuranza; y estos en avanzar sus intereses, en adelantar su fortuna, y en satisfacer sus pasiones. Aquellos en contemplar las cosas invisibles, como dice S. Pablo; y estos en fijar sus ojos sobre la tierra, conforme á la expresion de los Proverbios, sin ver mas que el resplandor de las riquezas y de las dignidades, los atractivos del placer, y la brillantez del siglo. ¿Cuál será, os ruego, el fin de estos insensatos, que solo meditan las cosas terrenas?

¡Ah! yo, señores, me estremezco al verlo delineado en S. Lucas. "El campo de un poderoso, dixo en parábola el Salvador á sus discípulos, el campo de un poderoso produjo abundantes frutos. Á vista de ellos, pensaba en sí mismo, y decia: ¿qué haré sin tener donde

recoger mis frutos? Haré esto: destruiré mis graneros, los haré mayores, y recogeré allí todos mis bienes. Hecho esto, diré á mi alma: descansa, come, bebe, regálate, que ya tienes frutos para muchos años. Mas en aquel momento le dice Dios: necio, en esta noche morirás: ¿para quién pues será todo lo que has preparado? Este es el fin, concluye Jesucristo, de los que atesoran, sin ser ricos para Dios: y esta será la infeliz suerte de todos los que no meditan bien el importante negocio de su eterna salud, como se explica un padre de la Iglesia: *quia nullus intelligit, in aeternum peribunt*. A esto mismo alude el santo Job cuando dice: *pasan su vida en placeres, y descienden en un momento al infierno.*

II. Ni basta meditar bien tan grande asunto. Es necesario que el corazon tenga en él parte; es de-

cir, que sinceramente lo desee, para aprovechar los medios que la religion nos prescribe para conseguirlo. Pues si estos se abandonan, si se miran con negligencia; jamas obtendremos el fin para que Dios nos crió. ¿Sabeis porqué, señores? porque *no recibirá el galardón el siervo perezoso, ni será coronado sino al que legítimamente peleare perseverando hasta el fin. El negligente, el desidioso quiere, y no quiere*, dice el Espíritu Santo: *vult, et non vult piger*. Quiere la bienaventuranza; mas no quiere seguir las sendas que conducen á ella: quiere entrar en la gloria para reynar con Cristo; mas no por la puerta estrecha que nos enseña su moral: quiere regocijarse con su divino Salvador; pero sin seguirle con la cruz: quiere..... digámoslo de una vez: quiere salvarse sin observar la ley. En efecto, cuando el ministro de la palabra

describe los caracteres de la felicidad eterna, no hay persona que no apetezca ser participante de ella. Mas cuando intima las estrechas obligaciones de la religion, y las disposiciones que deben preceder á la consecucion de tanto bien, yá desapareció el deseo: *vult, et non vult piger.*

¿Y qué se sigue de esta negligencia criminal? Oid lo que dixo el Señor por S. Juan al obispo de Laodicea: *conozco tus obras, que ni eres frio ni cálido..... mas por quanto eres tibio.... empezaré á arrojarte de mi boca.* ¡Estado infeliz! que compara un venerable á aquella casa, que, segun S. Mateo, hallaron los demonios vacía y limpia; es decir, dispuesta y preparada para invadirla y ocuparla. Pues aunque los tibios carezcan de grandes pecados, su negligencia misma provoca al Señor á escasearles sus gracias, sin las cuales nada pue-

den obrar en orden á su salud eterna.

Para preservarnos de este escollo nos anuncia el Espíritu Santo en los Proverbios la gran diferencia que hay entre la senda de los justos y la de los negligentes. El camino de los perezosos, dice, es como un vallado de espinas, y la senda de los justos no tiene tropiezo alguno. Ellos en efecto venen todos los obstáculos por medio del fervor que los anima, al paso que los tibios, que carecen del vehemente deseo de Dios, en todo hallan espinas, y llenos de ansiedad, miran las obras de piedad y de penitencia como duras, amargas y molestas. Estos conatos débiles, estas voluntades lánguidas, estos deseos remisos de avanzar la felicidad eterna, son pues indignos de un cristiano, y solo á propósito para provocar la ira de Dios: *sed quia tepidus es, et nec*

frigidus, nec calidus, incipiam evomere te ex ore meo.

¡Ah! cuándo volvereis vosotros, siglos religiosos, en que oigamos de nuevo á los fieles clamar con el Real Profeta: ¡cuán amables son tus tabernáculos, Señor de las virtudes! mi alma codicia y desfallece por tus átrios: mi corazón y mi carne se regocijaron en Dios vivo..... bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán..... Dios, protector nuestro, miranos, y vuelve á mirar el rostro de tu Cristo, porque es mejor un día en tus átrios, que millares fuera de tu casa.” ¿Cuándo volvereis, tiempos felices de la Iglesia primitiva, en que dorados los fieles de un mismo corazón y un alma, manifestaban su ardiente deseo de la salud eterna? ya clamaban con David: *seremos, Señor, saciados cuando apareciere tu gloria*; ya con los

judíos cautivos: *sobre los rios de Babilonia nos sentamos, y lloramos al acordarnos de ti; ó Sion!* ¿Cuándo se renovará en todo el pueblo cristiano aquel grito del Apóstol: *Deseo morir, y estar con Cristo. Cristo es mi vida, y morir mi galardón.* Tal es, Señor, el idioma del corazón que os ama y desea su eterna felicidad.

¿Pero qué mucho? ¿no lo exige así nuestra gratitud? ¿Ignorais por ventura el ardiente deseo de la salud del hombre, que manifestó nuestro amabilísimo Redentor? ¿No corrió sediento de ella, como David se explica, todo el espacio de su vida? El Egipto, la Judea, la Palestina, la Galilea, la Samaria, cuyas provincias consagró con sus plantas, ¿no nos presentan un testimonio irrefragable de esta verdad? ¿No predicó por todas partes su ley santa? ¿No curó los enfermos, lanzó los demonios, re

sucitó los muertos , convirtió los mas grandes pecadores , y anunció el reyno de Dios ? ¿ No le vimos sediento y fatigado sobre el pozo de Sichar , para convertir á la Samaritana ?

Todo esto ¿ qué otra cosa indica , que su ardiente deseo de nuestra salud ? deseo caritativo , que le hizo descender del cielo , como el símbolo de nuestra fe nos enseña : deseo constante , que manifestó hasta en el árbol sacrosanto de la cruz : cuya consideracion hizo exclamar á S. Bernardo : Señor , mas te atormenta la sed de nuestra salud eterna , que vuestra propia cruz : *Domine , plus te cruciat sitis nostrae salutis , quam crux tua.*

Si tal fué pues el deseo de nuestro Salvador , ¿ cuál deberá ser nuestro conato en órden á un negocio en que consiste nuestra felicidad permanente ? Si necesario fuese,

dice S. Agustin , sufrir diariamente todo género de tormentos , y aun tolerar los del infierno por mucho tiempo , para ver á Jesucristo en su gloria , y gozar de la compañía de sus santos ; todo deberíamos padecerlo por obtener para siempre tanto bien. Exige pues no solo nuestras continuas meditaciones y deseos , sino principalmente una suma vigilancia en adoptar los medios propios para su consecucion , trabajando incesantemente por su feliz éxito.

III. Este es , señores , el negocio propiamente nuestro , y que nos recomienda S. Pablo en su carta á los tesalonicenses. Los asuntos que no pertenecen á nuestra salvacion no son nuestros exclusivamente. Si trabajas por ser sabio en la medicina , dice un antiguo orador , no tanto es negocio tuyo , quanto de los enfermos que curas. Si velas noche y dia por sobresalir en los

derechos, no tanto es negocio tuyo, quanto de los litigantes á quienes defiendes, ó cuyas discordias compones. Mas el de la salud eterna es negocio exclusivamente nuestro, y sobre él debemos trabajar sin intermision. Á esto alude el Señor, cuando dice por su Real Profeta: *saldrá el hombre á su trabajo y á sus labores hasta la tarde.* Para darnos á entender, que desde que apunta en nosotros el uso de la razon hasta la muerte jamas debemos perder de vista el importante y único negocio de nuestra salud, porque *solo será salvo el que perseverare hasta el fin.*

No quiere decir esto, que abandonemos absolutamente todos los negocios temporales. Dios quiere que cada uno se ocupe en sus deberes respectivos; pero sin dexar de atender á su eterna felicidad. Esta puede conseguirse en todos los estados y situaciones ordenadas por

Dios para la subsistencia, régimen y buen orden de la sociedad.

En efecto, desde el cedro hasta el hisopo; es decir, desde el mas alto monarca hasta el infimo plebeyo, somos todos llamados á la admirable luz de la doctrina de Jesucristo, y convidados á la augusta y magnífica cena del Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Y si registramos los anales de la Iglesia, veremos con edificacion, que juntamente con Lázaro pobre, con los Paulos, Antonios, Hilariones, y demas héroes de pobreza evangélica, que habitaron sepultados entre las cavidades de las peñas, poseen hoy el reyno de Dios los Davides, los Moyses, los Mardoqueos, los Abrahames, las Juditas, las Isabelas, y otros muchos personajes que supieron trabajar por su eterna felicidad entre el tumulto del siglo, en

el bullicio de las cortes , y en el manejo de los negocios mas áridos.

¿Y qué medios abrazaron , me direis , para obtener tanto bien ?
 ¿Cómo se manejaron para ganar el cielo entre el bullicio del siglo ?
 Aquí debería yo hacer descripción exácta de sus ejercicios de piedad y de religion , y dibuxar con los mas vivos colores su zelo y su vigilancia por avanzar el negocio de su salvacion , para que os sirviesen de estímulo y de exemplo en vuestra conducta. Mas esto me llevaria muy lejos. Baste deciros en suma , que todos estos héroes de la religion , con los demas justos , desde Abel hasta nuestros dias , lo han sido por la observancia de los preceptos de Dios , que siendo esencialmente extensivos á todos , son posibles de observar en todas las situaciones ordenadas por el Señor , sin que el estado , la condicion ni

gerarquía puedan servir de excusa en su divina presencia. Animados de estos sentimientos , que son los de la moral de Jesucristo , supieron ser humildes en la prosperidad , pacientes en la tribulacion , misericordiosos con el pobre , benéficos á la sociedad , protectores del huérfano y de la viuda , amantes de la justicia , pobres de espíritu , aplicados al santuario y á las obras de piedad ; de una vez , supieron amar á Dios con toda su mente y sus potencias , y á todos sus hermanos en Dios , por Dios y para Dios.

Hé aqui , señores , el fin para que fué el hombre criado , y la importante comision que de por vida le confió Dios sobre la tierra. Esta no es pues una ocupacion indiferente , sino el negocio propio , y el mas interesante , porque depende de él nuestra felicidad eterna. Debemos por tanto consagrar á su consecucion nuestra mente , nuestro co-

razon y nuestras manos ; es decir, nuestras meditaciones y desvelos, nuestros mas ardientes deseos y conatos, y todas nuestras obras, dirigidas por la caridad, complemento de toda la ley, sin perdonar solicitud ni trabajos por obtener tanto bien. ; Premio inefable que no dará Jesucristo á los ociosos, sino á los que hubieren trabajado en su viña ; es decir, en el exercicio de las virtudes cristianas : *voca operarios, et redde illis mercedem.*

¡ Mas ó tiempos ! ¡ ó lamentable ceguedad de los mortales ! ; Quién, señores, lo creyera, á no constar por una triste experiencia, que siendo este el único fin para que fuimos criados, sea mirado por los mas con un extremo abandono ? Yo os lo haré ver en mi segunda reflexión, que paso á exponeros con la posible brevedad.

II. En efecto, si por su fruto

se conoce el árbol, segun el evangelio y la experiencia ; ó para decirlo mas claro, si por las obras hemos de juzgar de la solicitud ó desidia con que se trata en el pueblo cristiano el importante negocio de la salud eterna, hallaremos que los mas ó lo desprecian, ó lo olvidan. No hablo de un desprecio reflexo, de que acaso no son capaces los demonios. Yo bien sé que aun las personas mas relaxadas suelen dar á sus hijos y súbditos lecciones importantes sobre el decisivo y único fin de salvarse ; pero sus costumbres desmienten estas ideas ; y de ordinario, ó se avergüenzan del eyangelio en la práctica, ó sacrifican su salud espiritual tranquilamente. Seguidme atentos.

I. Cuando oís que una persona es de ilustre nacimiento ; que cuenta una larga série de héroes entre sus antepasados ; que la sangre de los grandes se difunde por sus ve-

nas, envidiais su suerte de ordinario, y llamais felices, dice un sabio, á los que gozan de estas frívolas ventajas: *beatum dixerunt populum, qui hæc sunt.* Mas cuando se os dice que vuestro nacimiento es de Dios; que contais entre vuestros padres á todos los héroes de la fe; que sois herederos de sus esperanzas, igualmente que de su religion; y que debéis por todos medios aspirar á la consecucion de tanto bien, no llaman vuestra atencion estas ideas, ni alabais con el Profeta la felicidad del pueblo que goza de tan sólidas ventajas: *beatus populus, cujus Dominus Deus.*

Al oír que un hombre obscuro ha hallado el arte de exáltarse (aunque las mas veces por vias oblicuas) á una fortuna brillante, y demasiado pronta para creerla inocente, alabais sin embargo su industria, y aplaudís el suceso: *beatum dixerunt.* Mas si se os dice que

una persona privada de bienes de fortuna, pero rica en los del cielo, avanza diariamente de virtud en virtud, de claridad en claridad, y aumenta á cada instante el tesoro de sus méritos, para añadir laureles á su corona, mirais con indiferencia y sin una santa envidia un semejante espectáculo.

Al ver un concurrente que se establece sobre vuestras ruinas, que os precede en la carrera de los honores, y os domina, su exáltacion despierta vuestro amor propio, y alarma vuestra ambicion y vanidad. Mas al considerar que los imitadores y cómplices de vuestros crímenes, conducidos sobre las alas de la gracia, van entrando en las sendas de la salud, observais esta mutacion del brazo del Excelso con una extraña indolencia, con un prodigio de insensibilidad, por no decir con un ojo crítico y mordaz, que os hace mas de una vez pro-

rumpir en sátiras, y burlas de la vida devota. ¿No es esto menospreciar vuestra salud eterna?

¡Ah! confesadlo de buena fe. Vosotros habeis levantado públicamente el estandarte del crimen; habeis endurecido vuestro corazon; habeis sacudido todo el respeto y veneracion debida á la palabra en estos dias deplorables en que olvidasteis al Dios de vuestra salud; y si alguna vez le honrais con los labios, *vuestro corazon*, como dice un profeta, *está bien lejos del Señor*. De aqui la timidez en aplicaros á los ejercicios de piedad y de religion, no sea que el mundo profano y corrompido os tenga por devotos. ¿No es esto avergonzarse del evangelio? ¿No es despreciar el culto exterior y religioso, que no os atreveis á profesar en público por miedo de la crítica de los libertinos? ¡Ah! yo lamento vuestra infeliz situacion; porque Jesu-

cristo, segun su oráculo, desconocerá ante su Padre celestial á todo el que sobre la tierra se hubiere avergonzado de profesar su doctrina. ¿Sabeis porqué, señores? porque esto es un desprecio real de su augusta religion, y de la santidad á que fuisteis llamados antes de la constitucion del mundo. Este último fin ni se desea ni se solicita. Cuando se trata de negocios temporales, se meditan, se adoptan los medios que se juzgan mas á propósito, se trabaja sin cesar por lograr su feliz éxito. Mas en orden al negocio decisivo de la salud eterna, los sabios del mundo, los prudentes segun la carne, son unos verdaderos insensatos; linceos para lo terreno, y ciegos topos para las cosas del espíritu. Ellos en efecto caminan tranquilamente sobre el borde del abismo, sin notar el terrible caos del infierno abierto baxo sus pies. Por mas que se

les inste á que se conviertan á Dios; por mas que se les grite, como el ángel que salvó á Lot y á su familia del incendio de Sodomá; por mas que se les diga, salid de la babilonia del vicio, huid con presteza de las llamas abrasadoras que os cercan; poseidos de una criminal indolencia, ó se burlan, como muchos atenienses de San Pablo, al oírle predicar la resurreccion de los muertos, ó se reservan para otra ocasion, como algunos del Areópago, ó como el impio Feliz cuando oyó hablar al Apóstol acerca de la justicia, de la castidad, y del juicio futuro.

Pero hablemos sin figura. Al oír al ministro de la palabra, que el árbol que no lleva fruto de vida eterna será arrancado, y arrojado al fuego; es decir, que el que no hiciere penitencia de sus culpas irá á un eterno suplicio; dicen unos: yo soy jóven: aún no he avanzado

mi carrera; y mi saludable constitucion me propone una larga série de años para adelantar el negocio de mi salvacion. ¡Insensatos! El Espíritu Santo ha revelado, que *el jóven no dexará cuando viejo los pecados de su adolescencia.*

Otros se remiten al tiempo futuro para emprender el árduo negocio de su salud; cuando hayan, por exemplo, concluido sus pleitos; cuando hayan adelantado su fortuna, y terminado sus asuntos; como si tuviesen á su disposicion el tiempo, la gracia, ó la voluntad de convertirse. ¡Mas ah! que el impio, dice el sabio, cuando llegare al colmo de sus pecados, lo despreciará todo. Los consejos, las amenazas, la santidad, el espíritu de penitencia, la bienaventuranza, ó lo mirarán todo con desprecio, ó lo tendrán por nada, como dice un profeta: *pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* De aqui se de-

duce por una consecuencia legítima, que el negocio de la salud eterna, que debia principalmente ocupar la mente, el corazon y el desvelo de los mortales, es de ordinario la cosa mas despreciada, ó mas olvidada de ellos. Aún necesario por un rato vuestra atencion.

II. En dos clases de personas podemos, dice un sabio, dividir por ahora los que olvidan su salud eterna. Unos, que no meditan seriamente en ella; otros, que no trabajan eficazmente por conseguirla: y hé aqui el fecundo origen de la ruina de tantas almas. ¡Mundo criminal, mundo ingrato, tierra del olvido! como David se explica, tú has perdido de vista al Dios que te crió.

Exáminad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis testimonios irrefragables de esta verdad. Desde la cuna hasta el sepulcro ¿cuántos hay que piensen en la eterni-

dad? Aun los mismos párvulos, apenas llegan al uso de razon, ¿no empiezan ya á olvidar á su Dios? Sus primeras inclinaciones ¿no son á lo terreno? ¡Ah! su corazon ama el crimen aun antes de conocerlo bien. Por manera que el seno de las madres, conforme á la expresion del Real Profeta, viene á ser de ordinario el sepulcro de la virtud: *erraverunt ab utero.* ¿Dias preciosos de la juventud! yo os veo empleados en el funesto arte de agradar, y haceros agradables al otro sexó. ¡Escollo fatal de la salud! ¡imágen sensible de las tinieblas del infierno! ¡juntas abominables! donde como carbones se encienden unos á otros en el fuego voraz de la concupiscencia. ¡Pasion detestable, que sepulta en el olvido, como dice un profeta, todos los intereses de la salud eterna! *tenebroso oblivionis velamento dispersi sunt.*

¿Qué diré de una madre imprudente, idólatra de su hija, que la instruye en el arte funesto de agradar al mundo; que la permite, y á veces la inclina al estilo de modas indecentes, de vergonzosas desnudeces, lazo casi inevitable de los incautos; que la enseña todo lo que no puede saber sin crimen, ocultándola todo lo que no puede ignorar sin peligro; que en lugar de cánticos y alabanzas de Dios, pone en sus labios canciones teatrales, que enciendan su concupiscencia y pervertan su inocencia, su pudor y su modestia; que la habla siempre de la ciencia del mundo, y jamás de la de los santos? ¿No es esta, os ruego, la educación que de ordinario dais á vuestros hijos, padres y madres de familias? Ah! yo os compadezco.

Pero no limitemos nuestro discurso á esta clase de personas, aunque sean las mas culpables. ¿En qué

piensan comunmente las gentes de todas condiciones y estados? En todo, menos en su salvacion, dice un sabio. Se piensa en establecerse, en adquirirse una fortuna, un empleo honorífico sobre la tierra; se piensa en pasarlo bien, y gozar del mundo. ¿Y los bienes eternos se meditan? ¿Ocupan la atencion las recompensas de los justos, y el castigo de los malos? Ah! Con cuánta justicia se queja el Señor por un profeta, que es lo que hay mas olvidado en el mundo: *oblivioni datus sum, tamquam mortuus à corde.* Todos, añade, estudian en la avaricia, y ninguno en la salud eterna: *omnes avaritiæ student..... nullus est qui recogitet corde.* ¿Cómo pues trabajarán eficazmente por conseguirla los que ni siquiera la meditan?

III. Dos en efecto son los únicos medios de avanzar con feliz éxito el importante negocio de nuestra

salud eterna. El primero consiste en conservar la inocencia primitiva del bautismo, en que fuimos reengendrados en Jesucristo. El segundo en expiar nuestros delitos por medio de la penitencia. Sin esto es inevitable nuestra ruina, y eterna nuestra perdicion. Mas aquella inocencia ¿quién puede lisonjearse de conservarla? ¿Quién puede decir: estoy puro y limpio de pecado? Si lo afirmásemos, seríamos unos mentirosos, como S. Juan se explica; nos engañaríamos, y faltaríamos á la verdad.

Perdida la gracia primitiva por el primer pecado mortal, solo nos queda el asilo de la segunda tabla; es decir, el sacramento de la reconciliacion, para evitar el naufragio. ¿Y hay muchos verdaderos penitentes en el mundo, para que por su número podamos contar el de los que trabajan eficazmente en el negocio de su salvacion?

¡Ah! ¿qué cosa es un penitente? decia un padre antiguo. Es un hombre que lleva siempre consigo los remordimientos de su conciencia y la imágen de su pecado; un hombre que á imitacion de David, por una sola flaqueza se condena á cubrirse de ceniza, y á mezclar la bebida con sus lágrimas; un hombre que sella con el fuego de la mortificacion una carne manchada con la culpa, y que se priva de casi todos los placeres permitidos por castigo de un solo gusto criminal. Yo que he ofendido á Dios del cielo, ¿cómo puedo vivir entre las delicias de la tierra? decia un antiguo pecador que volvió como el hijo pródigo á casa de su padre: *¿quò mihi epulas, qui Dominum læsi?* Un penitente es un hombre que se arma contra sí mismo para sostener los derechos de la justicia de Dios; un hombre peregrino en la tierra, crucificado

al mundo, y ocupado en meditar los años eternos; un hombre en fin que trabaje con temor y estremecimiento por su salud eterna: *cum timore et tremore operamini vestram salutem.* Hé aquí el bosquejo de un verdadero penitente.

¿Y es este el vuestro, señores? Permitidme os lo pregunte. ¿Conoceis vuestro retrato por estos rasgos? Se halla dibujada vuestra penitencia con estos colores? ¿Es ella sincera, universal, ingénuo? ¿Habeis confesado vuestro pecado con dolor y con propósito firme de la enmienda? ¿Habeis dexado la ocasion peligrosa, y abandonado la senda de vuestras iniquidades? ¿Habeis restituido la hacienda mal adquirida, la honra que habeis quitado á vuestro próximo? ¿Habeis perdonado las injurias, reconciliándoos con vuestro enemigo? ¿Castigais vuestra carne rebelde, reduciéndola á servidumbre con la

disciplina y el ayuno, como David y Pablo? ¡Ah! ¿qué podreis responder á estas preguntas? Vuestra conciencia os acusa, y vuestras mejillas se sonrojan por no poder satisfacer á ellas. Apelo en este momento á vuestras obras.

¿Qué es lo que universalmente vemos sobre la faz del mundo? Una olla encendida, segun la expresion de un profeta, en el fuego de la concupiscencia y demas vicios capitales. La usura, la mala fe, el monopolio, el dolo, la rapiña, la injusticia, la ambicion, la avaricia y la soberbia dominan por todas partes. Ya es delito ser inocente entre los malos, como se lamentaba S. Cipriano; porque de resultas de la liga entre los derechos y el pecado, ha comenzado ya á ser lícito todo lo que es público: *consensere jura peccatis, et capit esse licitum, quod publicum est.*

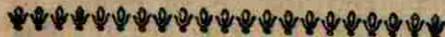
¿Qué mas? Aun á las personas que se glorian de arregladas ¿no las vemos por la mañana en los tribunales de la penitencia, y á la tarde en las casas de escándalo; por la mañana afectando lágrimas de compuncion, y á la tarde abismadas en el seno de sus placeres; por la mañana en el templo, y á la tarde en el teatro; por la mañana haciendo ostentacion de servir á Dios, y á la tarde entregadas á diversiones y placeres, comparables á los florales y lupercales del gentilismo; por la mañana simulando penitencia y humildad, y á la tarde exigiendo el incienso y las adoraciones de todos? Como si la luz pudiera confederarse jamas con las tinieblas, ó belial con Jesucristo; ó como si hubiesemos sido igualmente criados para servir y amar á Dios, que para satisfacer nuestros apetitos, y divertirnos en el mundo.

Temblad y estremeceos, patronos y clientes de los placeres mundanos, porque llegará un dia en que rodeis á los pies del trono de Dios, y entonces vuestra risa se convertirá en llanto, como Santiago se explica. Pero de esto os hablaré en ocasion mas oportuna.

Alegraos por el contrario, vosotros los que en este valle de lágrimas llorais y suspirais por los bienes celestiales, por los placeres eternos. Regocijaos los que meditais de dia y noche en el importante negocio de vuestra salud eterna; los que con fervor la deseais; los que por conseguirla trabajais eficazmente; los que llorais vuestros pecados con espíritu de penitencia. Vuestra mortificacion, vuestros gemidos, vuestra tristeza, *segun Dios*, se convertirá en consuelo, en gozo, en alegría sempiterna.

Yo, señores, me atrevo á ha-

ceros esta promesa en nombre de Jesucristo. Ni temo añadir, que nadie será capaz de privaros de este gozo en los años eternos: *gaudete, et exultate, quoniam merces vestra multa est in caelo.....Tristitia vestra vertetur in gaudium, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* Y enlazando el fin con el principio, os ruego con el Apóstol, que en tiempo obreis vuestro negocio; porque *la voluntad de Dios, que os eligió desde la eternidad para que fueseis inmaculados, es vuestra santificación.* Yo os la deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON III

VESPERTINO

O DE MISION,

sobre el impenitente moribundo.

*Circumdederunt me dolores mortis,
et torrentes iniquitatis conturba-
verunt me: dolores inferni cir-
cumdederunt me. Psalm. XVI. 5.
et 6.*

SEÑORES:

Si alguna vez desearia yo estar dotado de la elocuencia varonil de S. Juan Crisóstomo, y del ardiente fuego de S. Pablo, es prin-

ceros esta promesa en nombre de Jesucristo. Ni temo añadir, que nadie será capaz de privaros de este gozo en los años eternos: *gaudete, et exultate, quoniam merces vestra multa est in caelo.....Tristitia vestra vertetur in gaudium, et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.* Y enlazando el fin con el principio, os ruego con el Apóstol, que en tiempo obreis vuestro negocio; porque *la voluntad de Dios, que os eligió desde la eternidad para que fueseis inmaculados, es vuestra santificación.* Yo os la deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. DIXE.



SERMON III

VESPERTINO

O DE MISION,

sobre el impenitente moribundo.

*Circumdederunt me dolores mortis,
et torrentes iniquitatis conturba-
verunt me: dolores inferni cir-
cumdederunt me. Psalm. XVI. 5.
et 6.*

SEÑORES:

Si alguna vez desearia yo estar dotado de la elocuencia varonil de S. Juan Crisóstomo, y del ardiente fuego de S. Pablo, es prin-

principalmente cuando estimulado del zelo de vuestra salud eterna, pretendiendo poneros á la vista la imagen é infeliz estado de un pecador moribundo, próximo á caer en las manos de Dios vivo, sin haber hecho antes penitencia de sus culpas. Los dolores de la muerte le rodean; los torrentes de su iniquidad le turban; los suplicios del infierno le cercan, y su conciencia misma le acusa, le juzga y le condena. El tiempo pasado, el momento presente, la eternidad futura, se presentan de tropel á su imaginacion tímida. En vano pretenderán poner un velo á objetos tan terribles. De nada les aprovechará querer huir de la faz del Señor, ó imaginar con los impios que ha olvidado sus delitos.

¡Ah! en pena de haber huido en vida de un Dios misericordioso, conocerán en la hora de la muerte que van á caer en las manos de un

Juez irritado. La muerte misma, que tantas veces se les ha presentado en sus semejantes, y cuya memoria ha sido siempre desatendida; la muerte, repito, los atormentará en aquella hora, por orden de la divina justicia, con los tres mas crueles suplicios; á saber, con el arrepentimiento de lo pasado, con el mas vivo dolor de lo presente, con inexplicable temor de lo futuro: tres breves reflexiones que dividen justamente la materia de este lúgubre discurso, dirigido á manifestaros el infeliz estado de un moribundo impenitente, con el eficaz deseo de preservaros de semejante desgracia. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa mediacion de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave*

MARIA.

Circumdederunt me &c.

“Es necesario, dice el Apóstol de las gentes, que nos presentemos todos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno dé cuenta de sus obras, ya sean malas, ó ya buenas.” Mas antes de llegar á semejante conflicto debemos comparecer en el tribunal de nuestra propia conciencia; porque en la muerte del hombre, como dice el Eclesiástico, se descubrirán sus hechos: *in fine hominis denudatio operum illius*. Ilustrada en este momento la razon con una luz tan penetrante, que la voluntad mas depravada es incapaz de obscurecer, hará ver al hombre criminal todas sus iniquidades, que le servirán de un extremo suplicio; triste preludio del infierno que le está preparado, y

como primera mordedura del gusano que le roerá eternamente.

El justo y el pecador, dice un contemplativo, verán en aquella hora lo pasado; pero con esta diferencia: el justo lo verá con placer, y el pecador á su pesar. El justo lleno de consuelo echará su vista sobre una vida marcada con el sello de la inocencia, ó purificada por una penitencia sincera; el pecador mirará con horror en su conciencia toda la corrupcion de su corazon; verá, digo, todos los pecados que ha cometido, y todas las buenas obras que ha dexado de hacer: doble materia de su dolor, y de un arrepentimiento ordinariamente inútil.

En efecto, mientras vivimos apenas conocemos los males ni los verdaderos bienes. Conducidos por las falsas ideas que las pasiones nos sugieren, son falsos las mas veces los juicios que formamos. Mas en

las cercanías de la muerte ella misma correrá el velo que nos oculta la luz de la verdad; y nuestras obras todas buenas ó malas se presentarán á nuestra vista: *in fine hominis denudatio operum illius*. ¡Pecadores, temblad! ¡estremeceos, esclavos de las pasiones! En la hora de vuestra muerte se desvanecerá la falsa idea de los placeres que han seducido vuestra voluntad; y vuestra conciencia misma os servirá de un espejo fiel, que os representará todos vuestros delitos. ¡Qué suplicio tan cruel! ¿Qué pena mas grave, dice S. Ambrosio, que la que causa la llaga interior de la conciencia? S. Agustín la llama *cruz del alma*, y el Crisóstomo *cruel acusadora*.

La historia santa nos presenta testimonios auténticos de esta verdad. Herido Saúl en su última batalla contra los filisteos, quiso, por un acto de desesperacion, antici-

parse la muerte, arrojándose sobre su espada. En este infeliz estado vió cerca de sí al amalecita, y le suplica acabe de matarle, porque le rodean las angustias; no solo las de su muerte próxima, sino principalmente las que le causaban las vestiduras de los sacerdotes á quienes habia quitado la vida; las cuales se le representaban muy al vivo, segun la expresion del texto hebreo: *tenent me ora vestimenti sacerdotalis*.

Ni es este el único exemplar que sobre la materia nos presentan las santas escrituras. Oid como se explica Antíoco poco antes de morir, agitado de su propia conciencia. Ahora, dice, me acuerdo de los males que hice en Jerusalem. En este infeliz momento me acuerdo que saqué la ciudad, destruí las familias, derramé la sangre inocente. Me acuerdo que robé el templo, que profané los altares, que

injuríe al Santo de los santos. Por mas esfuerzos que hago para sacudir estas ideas, no puedo dexar de ver mis atentados. La representacion de todos ellos es muy viva, y á los dolores de mí cuerpo se añaden por una especie de necesidad inevitable los remordimientos de mi conciencia, que me causan doble tormento: *nunc reminiscor malorum, quæ feci in Jerusalem.* Asi murió Antioco; asi terminó Saúl; asi fallecen los pecadores obstinados, á quienes la divina justicia da á conocer en el último instante de su vida el mal uso del tiempo que para salvarse les habia dado su misericordia; asi en fin morirán todos los impios que fallecieron en impenitencia final; y su conciencia misma á pesar suyo les hará ver en aquella hora no solo todos los pecados que han cometido, sino tambien todas las buenas obras que han dexado de hacer.

¡Mortales! el que tenga oídos para oír, oiga, para usar la expresion de nuestro Salvador. Cuando os halleis á las puertas de la muerte arrojaréis (aun á vuestro pesar) el pensamiento sobre lo pasado. ¡Qué soledad tan espantosa no veréis! ¡qué general abandono de todas las virtudes! ¡qué inmenso vacío de buenas obras! Las limosnas rehusadas, las oraciones omitidas, los sacramentos abandonados, las festividades no santificadas, los talentos no cultivados, ¡qué cruel suplicio para un pecador moribundo! *Aquí será el llanto y el rechino de dientes,* dice Jesucristo.

Crecerá este tormento, como se explica un sabio, á proporcion de la facilidad que conoceréis haber tenido para hacer buenas obras. ¡Poderosos del mundo! vosotros vereis en aquel momento cuán fácilmente pudisteis redimir vuestros pecados por medio de las limosnas, y sal-

varos entre las riquezas como Abraham, mucho mas rico que vosotros. ¡Pobres desconsolados! vosotros vereis cuán fácilmente habriais podido salvaros por la pobreza de espíritu y la humilde resignacion, como se salvó Lázaro, mucho mas pobre que vosotros. ¡Murmuradores de la divina Providencia! vosotros vereis cuán fácilmente pudisteis someteros al yugo de la ley de Dios, y poseer en paciencia vuestra alma, como la poseyeron Job, Tobías, Susana, Mardoqueo, David, y otros muchos mas afligidos que vosotros.

¡Ah! con cuánta claridad conoceréis, que habiéndoos el Señor dado un alma hecha á su imágen y semejanza, la recibisteis en vano; que habiéndoos dado un cuerpo, cuya estructura es admirable, abandonasteis todos sus miembros al pecado; que habiéndoos confiado talentos para conocer el bien y el mal,

los habeis malogrado en la iniquidad ó en el ócio; y lo que es mas, que habiéndoos concedido una larga vida, auxilios é inspiraciones para reparar vuestra omision y negligencia, no habeis hecho frutos dignos de penitencia.

Este conocimiento, señores, será en aquella hora uno de vuestros mayores suplicios; pues como dice S. Bernardo, nada es tan terrible al pecador como su propio ojo: nada tan molesto en su última hora como su propia conciencia: *nullus molestior oculus suò cuique*. Todo lo ve en aquel momento, nada perdona; y como en vida ha juzgado mal de todos por su malignidad, en la muerte no se perdonará á sí mismo, compelido por la fuerza de la verdad. Verá en efecto todo el mal que ha hecho, todo el bien que ha dexado de hacer, y se juzgará á sí mismo con rigor, mirando con arrepentimiento

lo pasado : *nullus molestior oculus suò cuique.*

Mas este arrepentimiento, podrá decirme alguno, si es tan vivo y eficaz, ¿no servirá en aquella hora al pecador para su justificación? ¡Ah! todo es, señores, dudoso, todo incierto, todo terrible en aquel momento. Notad, os ruego, con un abad venerable, la gran diferencia que hay de ordinario entre el arrepentimiento en vida, y el de la hora de la muerte. Aquel es semejante á un árbol que lleva fruto, y éste á un árbol seco y estéril. El arrepentimiento de los pecados durante la vida, produce frutos de penitencia, porque va ordinariamente acompañado de virtudes cristianas; mas el que se difiere hasta la muerte no lleva regularmente fruto alguno; porque ni se está ya en estado de mortificar la carne, ni de ejercicio alguno de penitencia: y es mucho de

temer, que á semejantes pecadores moribundos diga el Señor en su cólera lo que á la higuera infructuosa del evangelio: *¿ut quid etiam terram occupat?* ¿Qué hace aquí este árbol estéril? Tiempo es ya de aliviar la tierra, y de arrancarlo para el fuego.

Ademas, ¿no han dicho los padres apoyados en la santa escritura, que Dios por un justo juicio rehusa muchas veces las gracias en la muerte á los que en vida las han despreciado? ¿No ha mirado la Iglesia casi siempre como sospechosas las señales de conversión de los pecadores obstinados en aquella hora? ¿No es mucho de temer les comprenda aquella terrible sentencia de Jesucristo: *yo me ausento, vos otros me buscaréis, y no me hallaréis, y moriréis en vuestro pecado.* *Ego vado, et quæretis me, et non inuenietis, et in peccato vestro moriemini.*

Pero hagamos ya tránsito del suplicio que causará al pecador moribundo la memoria de lo pasado, al dolor inexplicable de lo presente: segunda reflexion de este discurso.

II. Lo que se posee con amor, dice S. Agustin, no puede perderse sin dolor. De aqui se infiere, que el pecador moribundo padecerá extremos dolores al separarse de los objetos de sus pasiones, y que mas lisonjeaban sus apetitos. El cuerpo, la vida y el mundo han sido hasta este punto los ídolos favoritos de las almas adheridas á la tierra. La separacion por consiguiente de ellos son tres crueles suplicios.

El alma, dice un contemplativo, se halla como entre Dios y el cuerpo en orden á sus operaciones. Si se eleva sobre sí misma para meditar en Dios, y alabarle en espíritu y verdad, le ama sobre todas las cosas. Si se abate ácia lo terre-

no, ama con preferencia á su cuerpo; y esto es de lo que el Señor se queja por el profeta Ezequiel, cuando dice: *me arrojaste detras de tu cuerpo: projecisti me post corpus tuum.*

Exâminad vuestro interior sin indulgencia, y hallaréis testimonios auténticos de esta verdad. ¿Qué de solicitudes no empleais para buscar el descanso, la salud, la belleza de este cuerpo mortal y corruptible! ¿qué desvelos para solicitarle el placer y la diversion! Mas cuando llegue la hora en que vuestra alma se separe de este cuerpo tan amado, ¿qué terribles dolores no experimentaréis! La muerte os crucificará entonces, como se explica S. Bernardo. Extendido á manera de tronco el cuerpo sobre el lecho, sin fuerza los brazos, el pecho levantado, extinguida casi la luz de los ojos, el rostro desfigurado, y cubierto de un sudor frio, de un

síncope mortal, ¿qué objeto tan doloroso para un alma que tanto le ha amado!

¿Personas del otro sexó, idólatras de la belleza de vuestro cuerpo! ¿cuál será, os ruego, la situación de vuestra alma al separarse de este ídolo, á quien habeis ofrecido tantos inciensos? ¡Ab! ¿Con cuánta razon direis entonces: *los dolores de la muerte me han rodeado, y me han turbado los torrentes de la iniquidad: circumdederunt me dolores mortis, et torrentes iniquitatis conturbaverunt me.*

Á la pérdida del cuerpo añadid la de la vida, que os causará en este momento un dolor no menos agudo; porque nada ama tanto el pecador como su propia vida; y de aqui las grandes inquietudes que padece á presencia de cualquiera enfermedad. El hombre, dice un sabio, es capaz de tres suertes de vida; la animal, la racional y la

divina: tres vidas, añade, que S. Juan encierra en tres palabras, cuando dice de los hijos de Dios, que propiamente no viven de la vida animal, porque mortifican sus pasiones; ni aun de la vida racional, en cierto modo, porque prevalece en ellos la vida de la fe; sino de una vida totalmente divina, porque se unen á Dios por medio de la caridad: *neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.*

Mas el pecador por el contrario vive solo de la vida animal; y á cierto respeto de la racional. Si viviese como el justo, la muerte perfeccionaria su vida; porque le abriria el camino de la gloria, que es el colmo y la perfeccion de la gracia. Pero como no ha vivido sino de la vida animal y la racional, vendrá al fin á perderlas ambas: la animal, porque ya está incapaz de los placeres de los sentidos, y lo poco

que conservare de la vida racional le servirá de mayor tormento. ¿Quién no ve en efecto que en la muerte del pecador perecen con él todos sus proyectos? ¿quién ignora que los grandes preparativos, fundados sobre la esperanza de una mas larga vida, de un mas dilatado gobierno, juntamente con sus pensamientos de orgullo, de vanidad, de soberbia, desaparecerán en aquel instante, como David se explica? *In die illa peribunt cogitationes eorum.*

Por lo que hace á la separacion del mundo, es cierto, dice S. Bernardo, que ningun dolor puede igualar al de esta clase de pecadores en la hora de su muerte. La razon es, porque habiendo vivido tan adheridos al mundo, es imposible separarlos de lo terreno sin que experimenten una extrema violencia. El alma no se sostiene por sí misma. Busca por consiguiente fuera de sí algun apoyo; y cuando no lo so-

licita en Dios, se persuade hallarlo en los objetos de sus pasiones, á los cuales vive tan ligada, que no puede separarse de ellos sin un cruel suplicio. Honores, riquezas, situaciones brillantes, soberbia de la vida, placeres, vosotros os ocultais á esta infeliz por medio de una fuga precipitada y eterna, sin dexarle la mas leve esperanza de recobraros jamas. ¿Qué momento, señores!

Pero no es esto lo mas, ni lo que causa el mayor dolor en esta cruel separacion, sino el verse adherido el pecador á lo que miraba en vida con mas horror. Tú ¡ó muerte! le dexarás únicamente un sepulcro lúgubre, sombrío y pestilente: *solum mihi superest sepulchrum.* Este será su lecho, su casa, todo su mundo. La hediondez le servirá de padre y de madre, y hermana los gusanos, segun la expresion de la escritura. El cuerpo

de los justos, dice un sabio, reposa en paz en la bóveda, porque habita en sus cenizas el Espíritu Santo como un gérmen de su resurrección. No así el cuerpo de los pecadores, que preferiría permanecer para siempre en el sepulcro mas horrible, por no asociarse al alma en un eterno suplicio.

¿Exágero yo, señores? ¿Ofrezco torcedor á vuestras conciencias? ¡Ah! miserables hijos de Adán, ¿cuándo acabaréis de conocer que todo lo que amais sobre la tierra contra el orden de Dios pasa como una sombra; como una nave que divide con celeridad las aguas, sin dexar señal de su carrera; como un ave que vuela rápidamente por los aires, sin dexar rastro alguno de su vuelo, según la comparación del sabio? ¿Hasta cuándo palparéis por luz las que son densas tinieblas? Los días son breves, y se acerca la eternidad. Reconoced en tiempo,

os ruego, que todos los objetos favoritos de vuestras pasiones, que tanto os seducen ahora, no son mas que una pura vanidad, y que solo pueden servir de confusión, de dolor y de suplicio en la hora de la muerte.

No queráis pues errar, hermanos míos, porque Dios no será burlado. Vuestro dolor y arrepentimiento de lo pasado y de lo presente en esta hora producirá frutos dignos de penitencia; mas en el momento de la muerte, si Dios, en pena de vuestros pecados, se retira de vosotros, solo os servirán para exclamar con los impíos: "erramos en efecto el camino de la verdad: la luz de la justicia no nos ilumina, y ya nos ha faltado el sol de la inteligencia: nos hemos cansado en los caminos de la iniquidad y de la perdición: hemos caminado por sendas difíciles, y las del Señor las hemos ignorado.

»¿Qué nos ha aprovechado la soberbia? ¿De qué nos ha servido la jactancia en las riquezas? *Ergo erravimus à via veritatis.*»

Y si es tan grave el suplicio que causa al impenitente moribundo la memoria de lo pasado y lo presente, ¿cuál será su tormento al considerar lo por venir? Renovad aquí vuestra atención mientras ilustro esta tercera parte del discurso.

III. Para poner la materia á buena luz no haré mas que extractar sumariamente las sólidas reflexiones de un antiguo y venerable abad. Lo que Dios, dice, manifestó en otro tiempo al evangelista S. Juan como objeto de admiración, se presenta al pecador moribundo como asunto de miedo y de temor. Vió este Apóstol en su apocalipsis *un caballo pálido: su ginete se llamaba muerte, y le seguía el infierno.*

Hé aquí la imagen de un impe-

nitente moribundo, á quien sus delitos han embrutecido durante su vida. La palidez le conviene, porque este es el color de los que temen; y nunca tiene el pecador mayor motivo de temor que cuando lleva la muerte encima y el infierno en seguida. Él en efecto desde el lecho de la muerte que le asalta echa su vista sobre lo por venir, y ve el infierno abierto, próximo á ser entregado por la divina justicia en manos de los demonios, como una presa infeliz que van á sepultar en el abismo para saciar su ira, y donde va á experimentar en breve males innumerables y eternos. He dicho *innumerables*, porque sería mas facil reducir á suma las arenas, las gotas de agua del mar, los dias del mundo, los átomos del sol, que numerar los males que se padecen en el abismo que se presenta á los ojos de semejantes pecadores en la hora de la muerte.

Las expresiones del evangelio y las de los profetas, aunque figuradas, nos inspiran la idea mas terrible sobre la materia. *Alli habrá*, dice Jesucristo, *llanto y rechino de dientes*. Alli habrá, como se explica S. Judas, una eterna tempestad de tinieblas, para denotar que los males que amenazan al pecador son incomprendibles. Alli habrá, dice Isaías, torrentes de azufre, encendidos por la cólera de Dios; y el Real Profeta despues de haber dicho todo lo que por inspiracion divina sabia sobre la materia, concluye, que esto es únicamente una parte de aquel amargo cáliz. Por manera, que meditando este rey penitente sobre las penas eternas, decía que se veia rodeado de innumerables males, y que le cercaban los dolores del infierno, á que le habian hecho acreedor sus delitos: *comprehenderunt mala, quorum non est numerus... dolores inferni circumdederunt me.*

Figuraos, señores, á un viajero, que despues de haber corrido un gran continente, arribase en fin á la rada de un mar, del cual no descubriese puerto alguno, y donde siempre fuese batido, porque jamas estaba en calma. Hé aqui la imágen fiel del impenitente moribundo. Él ha acabado ya su carrera, porque la muerte es el término y la última de las líneas. Ve delante de sí un mar sin puerto alguno, porque entra en una eternidad sin limites. Este mar está siempre agitado de furiosas olas, porque representa el eterno castigo de los réprobos; y estas olas que le baten sin cesar son los males sin número que teme. Asi lo protestó Antíoco, cuando poco antes de morir convocó á todos sus amigos, y les dixo: ¡á qué tribulacion he venido! ¡á qué olas de tristeza estoy reducido, estando poco há gozoso y amado en mis do-

minios! En medio de esta borrasca deben terminar mis días, y veo males sin número que vienen de tropel sobre mi cabeza criminal.

¿Mas quién es, Señor, capaz de hacer cabal descripción de los males que amenazan al moribundo impenitente? ¿Quién podrá conocer la extensión y rigor de vuestra ira? ¿Quién calculará los efectos de vuestra indignación sobre los que mueren enemigos vuestros? *Quis novit potestatem iræ tuæ, et præ timore tuo iram tuam dinumerare?*

¿Y serán estos males únicamente sin número? ¡Ah! ellos serán también eternos. ¡Qué terrible consideración para el moribundo impenitente! ¡qué incomprehensible misterio el de la eternidad! Ella en efecto se le presenta en aquel momento como un abismo sin fondo, como una distancia sin límites, como una carrera sin fin, como una sucesión interminable de días y de

años. Caín, el infeliz Caín, el primero acaso de los réprobos, gime aún en el infierno después de seis mil años, sin haber adelantado mas en su carrera, que el que acabe de caer en el abismo en el momento en que aqui os hablo. Las ciudades, las provincias, los imperios serán reducidos á cenizas; los nietos de vuestros nietos hasta la consumación de los siglos serán conducidos al sepulcro; el mundo entero será reducido á polvo, sin que vos; ¡ó mi Dios! concedais al réprobo un solo minuto de reposo. Su suplicio será eterno. *Ibunt hi in suplicium æternum.*

¡Milagrosa eternidad! abismo insondable de las venganzas del Señor! En vano los libertinos é impíos pretenden persuadirte que te envejecerás; es decir, en vano se lisonjean que las penas del infierno tendrán fin, con el deprávado designio de entregarse sin remordi-

miento á una vida licenciosa. Al fallo inevitable de vuestra muerte apelo, ¡pecadores insensatos! Ilustrados en este momento como el sabio, vereis á pesar vuestro que no tiene fondo este espantoso abismo. Ilustrados como Isaías, vereis que el gusano que os debe roer no morirá jamas; y que el fuego que debe abrasaros nunca se apagará. Ilustrados como S. Juan en su apocalipsis, vereis que el humo de estos tormentos se eleva por los siglos de los siglos, sin conceder un momento de descanso de dia ni de noche á los que adoraron la bestia, ó estan marcados con su nombre; esto es, á todos los pecadores impenitentes.

¿Qué mas? cuando vean estas cosas, dice el sabio, llenos de turbacion concebirán un temor horrible: *videntes turbabuntur timore horribili*. A manera de personas que tienen turbado el juicio, ya quer-

rán ir adelante, ya retirarse, ya estar á pie firme, y no pudiendo, estarán en continuo movimiento. Impelidos en efecto por los dolores agudos de la muerte, quisieran ir adelante; pero intimidados á presencia de los males que los cercan en el lecho de la muerte, desearian volver atras. Amonestados por el ángel del Señor, que no hay ya tiempo para ellos, se verán precisados á entrar en la eternidad. ¿Pero á qué eternidad? A una eternidad infeliz, donde perecerá hasta el deseo de los pecadores: *desiderium peccatorum peribit*. Entre estas ansiedades, miedos y suplicios morirá, señores, el pecador impenitente.

¿Entendeis, os ruego, este lenguaje? El es el de las santas escrituras; Veis el incendio que os amenaza? La ira del Señor lo alimentará eternamente. ¿Qué consejo, qué precauciones, qué resolu-

cion quereis tomar para evitar tan infeliz situacion? Yo no os he representado la terrible descripcion de estos males con el solo fin de intimidaros, ni pretendo induciros á desesperacion. Mi ardiente zelo por vuestra salud eterna me inspira ideas mas puras. Lejos pues de querer turbar vuestras conciencias, deseo imprimir en vuestros corazones un justo temor de los juicios de Dios, á fin de que os aprovecheis en tiempo de su divina misericordia, que os sigue, os llama, os solicita en esta hora.

Para evitar pues una eternidad infeliz, es necesaria la reforma de vida; y para obtenerla nada hay mas propio que mirar diariamente con arrepentimiento lo pasado; es decir, traer siempre como David presentes los delitos cometidos para detestarlos; los presentes para dolernos de ellos, manifestándolos al ministro de la penitencia; y temer

en adelante los peligros de caer en la ira de Dios por medio de nuevos pecados.

Imitad, os ruego, al Rey penitente, que no difirió hasta la muerte el arrepentimiento de lo pasado. Durante su vida repasaba en su memoria diariamente los dias antiguos, y traia siempre sus delitos delante de sus ojos: *cogitavi dies antiquos*. No difirió hasta la muerte los acerbos dolores de la muerte misma; previniéndolos en vida con la oracion, el ayuno y el silicio. No difirió hasta la muerte la consideracion de lo por venir; antes tenia siempre en su mente presentes los años eternos: *annos eternos in mente habui*.

Arreglad pues vuestra vida sobre este exemplar de penitencia. Meditad ahora en lo pasado con aquel sincero arrepentimiento que atrae las misericordias del Señor; porque si lo diferís hasta la muerte,

DIO SERMONES

debeis temer sea infructuoso, estéril, y solo á propósito para la desesperacion. Tened presente que el medio únicamente cierto de evitar una muerte infeliz es dolerse en tiempo de los pecados, confesándolos debidamente con espíritu de penitencia, y con firme propósito de la enmienda. Ni perdais jamas de vista los años eternos que os esperan. El tiempo presente es el de vuestra salud y el aceptable á Dios; huid pues ahora de la ira futura, para que en la hora de la muerte no os turben los torrentes de vuestra iniquidad, ni os rodeen los dolores del infierno: *torrentes iniquitatis conturbaverunt me.... dolores inferni circumdederunt me.*

¡Omnipotente y sempiterno Dios! que dominais poderosamente el corazon de los mortales, y sois más árbitro que ellos de sus mismas voluntades, iluminad nuestras tinieblas, para que conozcamos en vida

DE MISION. III

vuestros terribles juicios. Sujetad la rebeldía de nuestros corazones, haciéndonos dóciles á vuestros preceptos, para no ser confundidos en el tránsito á la eternidad. ¡Pecamos, Señor! hemos cometido iniquidades, hemos errado las verdaderas sendas: mas volvemos ya arrepentidos: detestamos nuestros pecados. Ellos en efecto son gravísimos é innumerables; mas vuestra misericordia es inmensa y superior á toda malicia. ¿No usaréis, Señor, de clemencia con estos vuestros hijos pródigos, que vuelven arrepentidos á casa de su Padre? ¿Nos arrojaréis de vuestra presencia?

Alentad, señores, vuestra confianza en Dios, que os espera con los brazos abiertos, como Padre amoroso. Acercaos al tribunal de la misericordia y de la gracia. Aquí teneis la adorable imagen de Jesucristo, que desde este duro leño, donde murió por vuestro amor, os

llama para consolaros en vuestras aficciones y aliviaros en vuestras fatigas. Solo os pide el corazon; es decir, que le ameis sobre todas las cosas; que confeseis con dolor vuestros pecados; que os enmendeis; que tengais caridad con vuestros hermanos. Vuestros delitos en esta hipótesi serán perdonados: sereis adornados con la estola de la gracia: los ángeles y bienaventurados mirarán desde el cielo con el mayor júbilo vuestra conversion, y Dios revelará hoy su gloria en el templo de vuestras almas. Arrojaos pues á los pies de Jesucristo, y decidle con espíritu de compuncion: Señor mio Jesucristo &c.

SERMON IV

VESPERTINO

O DE MISION,

predicado en el convento de S. Antonio Abad, año 1802.

Sobre el Juicio final.

Cum venerit Filius hominis, sedebit super sedem majestatis suæ, et congregabuntur ante eum omnes gentes. Matth. xxv.

SEÑORES:

¿Qué diferencia tan notable nos presentan las santas escrituras, dice un sabio, entre la primera y última. Tom. IX. H

tima venida del Unigénito de Dios al mundo! En la primera vino á salvar los pecadores, y en la segunda vendrá á perderlos para siempre. En la primera vino á traer la paz al universo, y en la segunda vendrá á llenarlo de espanto y de terror. En la primera vino á cumplir la ley, y á encender sobre la tierra el fuego de su inmensa caridad; y en la segunda vendrá á castigar á los prevaricadores de su ley, y á destinarlos para siempre á un fuego inextinguible.

¿Qué mas? El día de su nati-
 dad en carne mortal fue un día
 de salud y de alegría para toda la
 tierra; pero el día de su última ve-
 nida será un día de tribulacion y
 de calamidad, de miseria, de ven-
 ganza, de ira y de tinieblas; de
 una vez, el gran día, el día terri-
 ble del Señor. Cuando vino la pri-
 mera vez al mundo, apareció en
 un establo, vivió en obscuridad, y

en traje de pecador, como si fue-
 se uno de ellos. El esplendor de
 la gloria del Padre solo dexó en-
 trever algunos rayos de su divina
 claridad, algunos reflejos de su
 inefable gloria; y el que es mas
 elevado que los cielos vino al es-
 tado de la mayor humillacion. Mas
 en su última venida aparecerá so-
 bre las nubes con todo el aparato
 de su poder y magestad, teniendo
 congregadas á sus pies todas las na-
 ciones del universo para ejercer
 sobre ellas su juicio: *cum venerit
 Filius hominis, sedebit super sedem
 majestatis suæ, et congregabuntur
 ante eum omnes gentes.*

De este juicio formidable que el
 Príncipe de los apóstoles anunciaba
 á Israel cuando tenian aún sus ma-
 nos teñidas en la preciosa sangre
 del Unigénito de Dios: de esta ter-
 rible venida, que predicaba S. Pa-
 blo en el areópago á presencia de
 los mayores sabios de Grecia; de

este juicio en fin, cuya sola consideracion hacia temblar al Rey Profeta sobre el trono, y al incestuoso Feliz en su tribunal mismo: cuya meditacion pobló los áridos desiertos de la Tebayda; hizo estremecerse á los Agustinos en el seno de sus deleites, y aun á los Gerónimos, Macarios y Arsenios penitentes entre las cavidades de las peñas; de esta verdad terrible os vengo á hablar en esta hora.

Yo ¡ó mi Dios! no tengo el zelo ni la elocuencia de S. Pablo para tratar con energía estas verdades formidables; pero hablo en vuestra presencia, y á un pueblo cristiano, mas convencido sin duda que el impio Feliz de vuestros inefables juicios. ¡Mas ah! confieso, señores, vuestra mayor fidelidad en la especulacion; pero temo mucho sea tambien mayor vuestra indocilidad en la práctica. Pablo, no me hables por ahora de este juicio ter-

rible, decia Feliz al Apóstol de las gentes. ¿Y no es este, os ruego, el idioma de los mundanos? ¿Á qué fin, dicen, estos discursos lúgubres, estas fulminantes verdades de las escrituras? ¿De qué otra cosa sirven estas formidables ideas, que de turbar á los justos, de intimidar á los flacos, y desesperar al pecador?

¿Mas haré yo, Señor, haré traicion á vuestra divina palabra, por adular y lisonjear la delicadeza humana, y no turbar la falsa paz del pecador? No, hermanos míos, no quiera Dios que por agradar á los hombres sea yo infiel al ministerio de legado de Jesucristo. En su nombre pues vengo á anunciaros hoy su terrible juicio, este poderoso correctivo del pecador, cuya definicion nos trazó el santo profeta Isaias, llamándolos *dia del Señor*, y *dia del hombre*. Dia del Señor, porque en él aparecerá como es en sí; dia del hombre, porque en él apareceremos

tales cuales somos. En dos palabras; Jesucristo nos hará conocer, que sin dexar de ser Hombre, es Dios y Juez supremo; primera reflexión. Jesucristo á presencia de todo el mundo nos hará conocer lo que somos; segunda reflexión. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. Saludémosla humildes con el ángel del Señor. *AVE MARIA.*

Cum venerit &c.

Mientras vivimos sobre la tierra solo conoce el hombre á Dios como en enigma; ni puede verle sino como al traves de las nubes de los sentidos, y de los velos de la fe. Mas en el dia terrible del juicio, quitado el velo, y disipada la obscuridad, hará el Hijo del hombre manifestacion de su infinito poder

y de su inefable providencia. Reflexionemos sobre estas dos verdades.

En órden á la primera ¿qué otra prueba es necesaria que el trastorno general del universo que ha de preceder á la terrible escena de la última venida del Juez de vivos y muertos? Para formar justa idea de tan terrible catástrofe bastará presentaros su breve descripcion, tomada de las santas escrituras; pues si Dios mas de una vez ha manifestado en ellas las grandes calamidades por los presagios de su cólera sobre su pueblo, ¿qué será cuando trata de anunciaros la consumacion de los siglos? ¿qué será cuando nuestros delitos han llegado á colmar la medida de su cólera? ¿cuando el universo va á llegar al término de su eterna ruina? ¿cuando finalmente sea venido el tiempo de juzgar vivos y muertos? ¿Qué inauditas revoluciones! ¿qué espan-

tosas señales! ¡qué terribles castigos no deben preceder y acompañar á la venida última del Juez supremo!

El trastorno de la razon humana vendrá, señores, á ser el precursor del de la naturaleza toda, y las primeras nubes de las tinieblas, que deben cubrir la faz del universo, obscurecerán la verdad. ¡Espíritu de error y de mentira! ¡espíritu de irreligion y de blasfemia! ¡espíritu de porfia y de discordia! vosotros sereis los funestos precursores de las últimas calamidades. Se suscitarán, dice un sabio, disputas porfiadas, que no tanto serán discusiones pacíficas, dirigidas á buscar la verdad, quanto vanos sofismas, y paralogismos ordenados á obscurecerla. La pasion cegará al entendimiento, empeñará los ánimos, y los encenderá hasta tocar en el furor. El choque de los partidos contrarios producirá revoluciones,

persecuciones y cismas. Estas disensiones rasgarán el seno de la Iglesia, y trastornarán los imperios. ¡Incendio temible que abrasará al universo!

¿Cuál os parece, señores, será el resultado de estas querellas odiosas, de estas guerras intestinas? La disminucion de la fe, el abatimiento de la religion, la corrupcion de las costumbres, los escándalos, las traiciones, los ódios implacables. La caridad, alma y nervio, para decirlo así, del cristianismo, vendrá casi enteramente á extinguirse en este tiempo de iniquidad, de abominacion y desolacion. Abundarán los impostores, que entregados á la dura esclavitud de sus pasiones, engañarán á los pueblos con todo género de artificios.

¿Qué mas? "La tierra antes de perecer, es necesario vea al hombre del pecado, este hijo de perdicion, que orgullosamente rebelado contra

todo lo que lleva el nombre de Dios, pretenderá arrogarse el culto y adoración debida únicamente al Señor. El Antecristo, este monstruo educado en la escuela del demonio, después de recibir homenajes de todos aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro del Cordero, hará la más cruda guerra á los santos, seducirá con artificios, triunfará de casi todo el mundo, invadirá los tronos, osará en fin sentarse en el templo del Señor, como si fuera el mismo Dios. Jamas ha habido ni habrá igual tribulación á la que sufrirá la Iglesia en el fin de los siglos."

A la persecucion de la religion y trastorno de la razon humana debe seguir el de la sociedad. ¡Ó adorable omnipotencia de mi Dios! Yo, Señor, oigo la voz del ángel, que dice al hijo del hombre: el tiempo de la cosecha es llegado: arroja la hoz sobre la tierra; y al punto veo

al universo entregado á los horrores de la peste, de la hambre, de la guerra, y demas plagas de la humanidad.

Mas todo esto es principio aún de la calamidad. El aparato del juicio apenas ha comenzado. "El Cordero no ha abierto mas que los primeros sellos de su libro misterioso, y el Señor solo ha sacrificado las primeras víctimas de su cólera. Es necesario que al abrir el séptimo sello salgan siete ángeles con fatales trompetas, y que sucesivamente las hagan resonar hasta las extremidades de la tierra. Es necesario que al son de estos terribles instrumentos perezca una gran parte de todo lo que vegeta sobre la tierra, y de lo que nada en los mares y en los rios. Es necesario que los astros se extingan en gran parte, y que abierto el pozo del abismo, vomite entre torrentes de humo los monstruos que atormentan á los im-

pios. Es necesario que al ruido de la sexta trompeta sea exterminada una parte de los vivientes, y que un ángel enviado del cielo para anunciar á los restantes el fin de los siglos, ponga un pie sobre la tierra y otro sobre el mar, y que rugiendo á manera de un espantoso leon, jure por el Criador del cielo, de la tierra y de los mares, que el tiempo es ya acabado, y que al momento en que se oiga sonar la séptima trompeta el misterio del Hombre Dios acabará de consumarse.”

Mas estos aún son ensayos de la trágica escena del juicio. ¡Temblad, mortales! El brazo del Todopoderoso añadirá á este aparato terrible nuevos horrores y castigos, ordenando, para consumir sus venganzas, que “siete ángeles derramen de un golpe sobre la tierra los siete vasos de su cólera. ¡Qué terribles son, ó mi Dios, vuestros juicios, qué de mortales plagas no

vendrán en aquel momento sobre los adoradores de la bestia, qué de aguas mudadas instantáneamente en sangre infecta y corrompida, qué de calores insufribles, qué de relámpagos devoradores, qué truenos tan espantosos, qué granizos tan enormes, qué de islas, qué de montañas sepultadas, qué de terremotos inauditos! Los astros oscurecidos solo ofrecerán, dice un sabio, una faz sangrienta, y agitado el mar por horribles tempestades, levantará de todas partes montañas de sangre, arrojando el terror en todos los corazones por el choque y bramido de sus olas.”

Entonces ¡ah señores! entonces será exáltado Jesucristo, segun la expresion de un profeta; y sentado con magestad sobre las nubes del cielo, arrojará sobre el universo una de aquellas miradas imperiosas, que haga marchar la muerte delante de sus ojos, y que derrita

las montañas como la cera á presencia del fuego. De su rostro (avivad aquí vuestra fe), de su rostro saldrán rios de fuego y torrentes de llamas, que incendiarán la tierra en un momento, dexando al universo reducido á pavesas. ¡Qué general desolacion, señores! riquezas, honores, ciencias, talentos, reputacion, belleza, nobleza, títulos en el fondo vanos, que poneis entre los mortales frivolas diferencias, vosotros sois pasados; el mundo ya no existe; Dios lo ha sacrificado á su justicia.

Mas suponiendo por un instante que sobrevivo á este trastorno general de la naturaleza, acercándome á estos tristes despojos, que aún humean, y tomando un puñado de las cenizas que de todas partes me rodean, me pregunto á mi mismo: ¿son por ventura estos vestigios del centro de los monarcas, ó del cayado de los pastores? Todo enmudece; ó

por mejor decir, las cenizas mismas parecen reanimarse para responderme con Job: *parvus, et magnus ibi sunt: servus, et liber.* Aquí estan los poderosos y los pobres, los señores y los esclavos, los sabios y los ignorantes, los soberanos y los vasallos; todo está confundido, y solo Dios será exáltado: *exaltabitur Dominus solus in die illa.*

¿Pero qué oigo? ¿qué voz magestuosa es esta que penetra los abismos, que abre los sepulcros, y que hasta lo profundo de los mares hace resonar estas terribles palabras: levantaos, muertos, y venid al juicio, *surgite, mortui, venite ad judicium?* ¡Ó Dios, qué poderoso sois en vuestras obras, qué irresistible en vuestros decretos! La tierra arroja al punto sus cadáveres; el infierno vomita sus víctimas; el cielo da sus santos; los huesos se aproximan; las carnes se reunen; los miembros se ligan; las almas vuelven á animar

• los cuerpos; congréganse todas las naciones de los cuatro vientos, y aparecen las mismas que han existido sobre la tierra: el terror y el espanto se aumentan. Jesucristo lleno de magestad aparece sobre una nube como sobre el carro de su triunfo. La luz le rodea; los ángeles le acompañan; pero los relámpagos y truenos formidables le preceden y le siguen. Baxad, mortales, los ojos, doblad vuestras rodillas, humillese toda grandeza, aniquílese toda carne, confúndase todo espíritu, y confiese de buena fé que solo Dios es grande: *exaltabitur Dominus solus in illa die.*

Estas, señores, no solo son verdades apoyadas en la santa escritura, sino fundadas tambien en la razon misma; porque si el juicio es debido al poder de Jesucristo, que el mundano y libertino osa desconocer, es igualmente debido á su providencia, que se atreve á negar el

materialista y maniquéo. Seguidme atentos.

Si conducidos por solo el testimonio de los sentidos considerásemos la extraña confusion que en el mundo reina, y el modo de pensar de los hijos del siglo, juzgaríamos á primera vista, que olvidado el Señor de su providencia, ni atendia á los pecadores ni á los justos, viendo exáltados á aquellos, y á estos oprimidos. Reflexemos brevemente sobre estos aparentes escándalos, que tanto han exercitado el ingenio, no solo de los filósofos, sino aun de los santos mas sublimes, y cuyo misterio tiene Dios reservado para el dia de su juicio, en que acreditará su providencia sabia, equitativa y justa.

Oigamos al Real Profeta hablar sobre la materia. Yo los he visto, dice, al considerar la prosperidad del pecador, yo los he visto en el seno de la paz gozar á su placer

de las dulzuras de la abundancia, exentos de las calamidades que padecen los demás hombres. No sufren otro trabajo que el de la elección de placeres; tan triunfantes en sus proyectos, como embriagados de su fortuna. Yo los he visto entregarse á los excesos de la gula, y al monstruoso sistema de la impiedad. Seducidos sus entendimientos por un corazón libertino y dissipado, los he visto entregados á pensamientos de incredulidad, y á estas mesas voluptuosas, donde en medio de la embriaguez, la profusión y el lujo, profieren insignes blasfemias contra Dios... Estos discursos, sigue el Profeta Rey, me han hecho casi vacilar, y mis pies temblando, me ha faltado poco para caer en la tentación, y desviarme de la verdad.

¿Mas qué, concluye este Profeta, de un tal aparente desorden? La necesidad del juicio uni-

versal. ¡Señor! continúa, para dissipar estas nubes que ofuscan mi razón, me ha sido forzoso recurrir á vos, y entrar en vuestro santuario, donde me habeis hecho conocer claramente el desgraciado fin de estos hombres, tan felices y tan poco dignos de serlo. Yo los he visto pálidos, temblando, y consternados á los pies de vuestro trono, acusar las riquezas de su infelicidad, lamentarse de su prosperidad, y gemir de su abundancia. Yo los he visto.... ¿Y parará en esto la trágica escena? ¿No manifestará el Señor también la rectitud de su providencia en orden á los justos?

Vosotros no ignorais, señores, que estos han sufrido tres suertes de injusticia sobre la tierra. Ha sido despreciada la humildad con que han ocultado su virtud. Esta ha sido infamada por la malicia de sus enemigos; y el orgullo de los mundanos los ha tratado como á locos,

supersticiosos y fanáticos. Es pues necesaria una asamblea general, donde haga Dios conocer el mérito de sus escogidos.

¡Almas justas, de quienes el mundo no era digno, que huyendo de sus lazos, de sus pompas y vanidades, volasteis á la soledad, donde habla Dios al corazón! ¡almas generosas, que desprendidas de todo lo terreno, y fixas en la adorable imágen de Jesucristo, emprendisteis un género de vida austera, mortificada, penitente, para estar á cubierto de los asaltos de la concupiscencia y rebelion de las pasiones! ¡almas fieles, que por conservar el sagrado depósito de la fe de vuestros padres y mayores, sufristeis en vuestros miembros la mortificacion de Jesucristo, hasta dar con vuestra sangre ilustre testimonio de su divinidad y verdadera doctrina! ¡almas felices, cuyas acciones fueron siempre dirigidas á

la mayor honra de Dios y bien de vuestros hermanos! ¡almas piadosas, aplicadas al santuario, para clamar entre el vestíbulo y el altar por los pecados del pueblo! ¡almas bienaventuradas, que por la justicia habeis padecido persecuciones, desprecios y calumnias! consolaos ya, porque vuestra felicidad se acerca.

La hora es venida en que el Señor disipará las tinieblas que obscurecian vuestra reputacion á los ojos de los mortales; manifestará vuestra justicia, el mérito de vuestras buenas obras, y las eternas recompensas que en su divina aceptacion os son debidas. ¡Con qué dulce placer no vais ahora á experimentar en alma y cuerpo la verdad infalible de aquella sentencia de vuestro Salvador; á saber, que todos los que quieran vivir en la piedad con Cristo, deben padecer la persecucion; y que si le

acompañáreis con la cruz , le hareis tambien sociedad en el gozo eterno! No temais ya la mordacidad de vuestros enemigos.

Paréceme en efecto oir al soberano Juez que les dice : presentaos, ¡almas pérfidas! que arrojasteis negras calumnias contra la virtud de mis santos. ¿Os atreveis á sostener ahora en mi presencia los capítulos de acusacion que les imputabais? Hablad. ¡Mas ah! confundido el calumniador , observará un profundo silencio , como se explica el Rey Profeta : *muta fiant labia dolosa , quæ loquuntur adversus justum iniquitatem.*

¿Pero qué digo? el calumniador mismo confesará su maldad , condenándose por sus labios , para justificar la conducta de estos hombres justos , que no tenían mas crimen que ser humildes de corazón , zelosos de la honra de Dios , y caritativos con sus próximos. ¡Ó feli-

ces dias! clamarán con placer todas las almas justas , ¡ó dias preciosos! aquellos en que fuimos humillados ; ¡qué cortos habeis sido , y qué largamente recompensados! El mundo nos puso baxo sus pies por algunos momentos , y vamos ya á ser perpetuamente elevados sobre un trono de gloria : nuestros nombres aparecieron oscurecidos sobre la tierra con libelos infamatorios , y ya son trasladados con honor al libro de la vida : por algun tiempo fuimos juzgados por ilusos , visionarios , fanáticos y almas abatidas , y ahora vamos á ser conjueces del mundo corrompido , y de estos espíritus fuertes , que llenos de soberbia y orgullo osaron blasfemar el santo Nombre de Dios , y corregir el plan de su adorable providencia. Ellos han pasado sus dias en placeres , banquetes y delicias , y van á ser en un momento víctima de la ira del Señor en el abis-

mo : *ducunt in bonis dies suos , et in puncto ad inferna descendunt.*

Vosotros ¡ó justos! pisaréis á los impios cuando fueren ceniza baxo vuestras plantas , segun la expresion de Malaquías ; es decir, cuando rodaren á los pies del trono de Dios. Asi es como el Señor, despues de haber hecho sentir su poder irresistible á los soberbios, á los grandes , á los incrédulos y obstinados libertinos , justificará su providencia á presencia de todas las naciones del universo. De donde legitimamente infero , que el dia del juicio será por antonomasia no solo el dia de Dios , sino tambien el del hombre , como dice el Profeta : *dies Domini , dies hominis* ; porque en él nos hará el Señor conocer lo que somos : segunda reflexion de este discurso, que paso á demostraros con la posible brevedad.

II. Durante la vida estan con-

fundidos los pecadores y los justos, y solo Dios puede discernir el que es digno de su amor ó de su ódio. Por un sabio designio de su providencia ha permitido que el buen trigo esté mezclado con la zizaña en el campo del gran Padre de familias, y que por algun tiempo permanezca en la era envuelto con la paja. Mas llegará dia (y este es el del juicio) en que exáminará con rigor nuestra causa , manifestará nuestras obras , y dará á cada uno su destino , segun que á ellas sea debido ; y esto sin recurso , sin apelacion y para siempre. Seguidme atentos.

Transportaos , señores , en espíritu á aquel terrible momento en que tomará Dios en su mano el bieldo que debe separar la paja del buen grano , y el harnero que ha de segregarle del polvo y la zizaña. ¡Qué espantoso momento aquel en que va el Señor á encerrar

el trigo en sus graneros, y á destinar la paja á un fuego inextinguible! ; Momento lamentable! en que serán examinadas con el mayor rigor todas nuestras obras, y aun los pensamientos mas ocultos. Nuestros pecados, nuestros pasatiempos, nuestras mismas virtudes, todo será materia de discusion. Allí se nos hará cargo de estos pensamientos sensuales, hijos de una vida regalada, ociosa, y entregada á los placeres: de estos deseos de venganza, tan opuestos á la caridad de Jesucristo: de estas ideas de amor propio, que han inflamado el corazon en orgullo y en soberbia: de estas conversaciones amatorias, ajenas del pudor cristiano, y dirigidas á engañar los incautos: de estas murmuraciones refinadas, en que se han revelado las debilidades del sexô, las infidelidades de un esposo, los defectos de una familia, y aun las sombras del san-

tuario: de estas asambleas libertinas, en que se ha blasfemado con audacia de los desígnios de Dios, de las máximas de Jesucristo, de las decisiones de la Iglesia: de todas las injusticias, asi manifiestas como paliadas: de todas las abominaciones, fraudes, profanaciones, monopolios; de una vez, de la soberbia de la vida y abandono de la ley de Dios.

¡ Ah desgraciados habitantes de Cafarnaum, de Corozain y de Betsaida! malos cristianos, digo, de todas las edades y países, oid á los de Tiro, de Sidon, de Sodoma, y aun de todas las naciones idólatras, que os dicen á una voz: ¡ malvados! vosotros sois mas culpables que nosotros, y vuestros tormentos excederán á los nuestros; porque si entre nosotros se hubieran obrado los prodigios que entre vosotros, sin duda hubieramos hecho penitencia, cubiertos de ceniza y de silicios. Le-

vantaos, habitantes de Nínive, y confundid la pérfida raza de los malos cristianos, haciéndoles ver que hicisteis penitencia por la predicacion de Jonás, que era nada respecto de Jesucristo. Levantaos, reyna del Austro, contra los malos cristianos, y decidles: yo vine desde las extremidades de la tierra á oír á Salomon, y aprovecharme de su sabiduría, y vosotros no habeis querido escuchar á Jesucristo, infinitamente mas sabio que Salomon. Angeles del cielo, ministros de las voluntades del Altísimo, vosotros recogereis en aquella hora todos los escándalos del mundo, conforme al decreto de vuestro Criador, y los hareis caer de golpe sobre la cabeza de los pecadores. Nada, nada quedará oculto. El Señor manifestará todos los misterios y abominaciones de iniquidad, como lo anunció por un profeta: *revelabo pudenda tua.*

“¡Esposa infiel! en vano has engañado, dice un sabio, la vigilancia de una madre, la buena fe de un esposo, la atencion del público: tus desórdenes é infidelidades serán á todos manifiestas. Todos verán esta larga cadena de abominaciones sensuales que habeis obrado entre tinieblas desde vuestra edad lozana hasta ser abandonadas del mundo. Ni serán solo testigos de vuestras vergonzosas prostituciones aquellos, cuya vigilancia eludisteis, sino tambien los hombres de todas las naciones y de todos los siglos. Por manera, que no habrá region, por remota que sea, donde podais ocultar vuestra deshonra. La infame pintura de vuestras inicuas costumbres servirá en aquel momento de espectáculo al universo: *revelabo pudenda tua.*”

“¡Jóvenes insensatos! ya no os gloriaréis en vuestros simulacros, ni celebraréis como una especie de

triunfo vuestras disoluciones. La infamia, la vergüenza, la desesperacion sucederán á la indiscreta confesion de vuestros desórdenes, que mas de una vez publicasteis con inicua complacencia : *revelabo pudenda tua.*”

“Vosotros en fin, los que baxo un exterior de moderacion y de modestia, ó por mejor decir, baxo el velo de hipocresia, sorprendisteis la estimacion de vuestros contemporáneos, y engañasteis al público, vuestra malicia será vergonzosamente descubierta. Las traiciones secretas, los procedimientos contrarios á las leyes de la probidad, de la justicia y del honor, los crímenes atroces que ocultabais al conocimiento de los hombres, todo se pondrá á buena luz : nada habrá tan oculto, que no se manifieste ; nada tan secreto, que no se haga público á todo el mundo ; nada tan vergonzoso, que no se descubra á to-

das las naciones : *revelabo pudenda tua.*”

¡Qué confusion, señores! Tinieblas secretas del santuario, no ocultéis ya al pueblo estos misterios de iniquidad. Llegó la hora (y es ésta) en que todos los hombres, como en otro tiempo el Profeta, penetrarán la muralla. Se abrirán todos los sepulcros blanqueados : *revelabo pudenda tua.*

¡Ó Dios omnipotente! ¿pide algo mas vuestra divina justicia? Pronunciad, Señor, desde lo alto del cielo, pero sin manifestaros el destino de los hombres. Enviad carros de fuego que arrebatén vuestros electos á los cielos, como al profeta Elías. Ordenad que se abran los abismos, y devoren á los réprobos, como á los levítas ambiciosos que murmuraban contra Moyses. Mandad que los ángeles, ministros de vuestras voluntades, pronuncien en vuestro nombre las ben-

diciones ó maldiciones irrevocables; y no vengáis vos, Señor, á oprimir á los infelices con el peso inmenso de vuestra divina Magestad. El infierno será tal vez para ellos mas tolerable que vuestra vista airada. No pongáis pues, si me es lícito decirlo, con vuestra presencia el colmo á unos males que son ya sin medida.

¡Mas ah! acordaos, señores, que está escrito ha de presentarse en esta hora el Juez de vivos y muertos. Pero á lo menos, Señor, ocultadles, como á Moyses, vuestro rostro severo, y solamente vean vuestra sombra fugitiva: apareced cubierto con las alas de los serafines, como á los ojos de Isaías; ó baxad rodeado de una nube, que solo dexé ver un carro de fuego, ruedas y animales extraordinarios, como os presentasteis en otro tiempo á Ezequiel.

¿Pero qué digo? Jesucristo,

supremo Juez de todas las naciones, debe aparecer en todo su esplendor mil veces mas amable para los justos que sobre el Tabor, y para los malos mil veces mas terrible que para los hebreos sobre el monte Sinaí. ¡Enmudece aqui, humana elocuencia! Tus colores no son capaces de representar á un hombre Dios irritado. Hablad vos, Señor, por el órgano de vuestras escrituras.”

“Como el relámpago brilla en un momento desde el oriente al occidente, asi vendrá el Hijo del hombre desde lo alto del cielo hasta el lugar del juicio. Los ángeles que le acompañen brillarán como los rayos del sol al nacer sobre las cimas de los montes. Su cruz como un estandarte formidable aparecerá sobre las nubes. La muerte marchará delante, y á sus pies los demonios prontos á executar en los hombres la sentencia de su juicio inexorable. Un fuego devorador de sus enemigos le

precederá. Una nube inflamada le lleva y contiene en los aires. De su boca sale una llama, y el fuego de su vista enciende inextinguiblemente los carbones que la alimentan. Sus rayos en fin llevan una horrorosa luz hasta las extremidades del mundo. En este estado se detiene, y de una sola mirada mide la tierra, y penetra los abismos. Ve las naciones juntas, y con sola esta terrible vista se derriten las montañas como cera, y se llenan de terror los cielos y la tierra."

"¿Qué lamentable impresion! señores. ¿Adónde huiréis? ¿miserables pecadores! ¿qué velo será capaz de ocultaros? En vano invocareis la muerte: en vano os esforzareis á entrar en los sepulcros: en vano diréis á las montañas, caed sobre nosotros. La muerte se aleja para siempre. Inmóviles los montes, dexan al Señor el cuidado de su venganza. La tierra os rehusa un asilo

en sus entrañas. La naturaleza toda os reserva como víctimas preparadas para un eterno suplicio."

"¡Ah! yo tiemblo: yo me estremezco al considerar estas verdades. Mas vos, Señor, sois justo, y recto vuestro juicio. Por consiguiente, como es de fe que serviréis de terror y confusion á los malos, igualmente lo es que causaréis el mayor regocijo á los buenos. Mientras aquellos arrojen gritos de una desesperacion inconsolable, ¿qué voces de alegría y júbilo no darán vuestros escogidos? Venid, dirán, venid, ¡dulce Jesús! La gloria de nuestra salvacion sea dada á nuestro Dios, que está sentado sobre el trono, y al Cordero divino, que quita los pecados del mundo. Nosotros os damos gracias, Señor omnipotente, porque os habeis revestido de vuestro poder, y porque reinais para ejercer vuestra cólera sobre las naciones culpables, y vuestros juicios

sobre todos los muertos. El tiempo es ya venido de que recompenseis á vuestros santos, y de que exterminéis para siempre á los que han corrompido la tierra con sus crímenes.”

“Hé aquí, señores, el momento decisivo en que una sentencia irrevocable va á fijar la suerte de los hombres. Oid, naciones del universo; pueblos felices ó infelices, escuchad atentos; ángeles del Altísimo, permaneced inmóviles, esperando sus juicios. Deteneos, relámpagos; truenos, cesad; cielos y tierra, guardad profundo silencio: levantaos; ó mi Dios! y juzgad vuestra causa.”

A vosotros, bienaventurados, dirigirá el Salvador estas dulces palabras: venid, benditos de mi Padre: cuando usasteis de misericordia con vuestros hermanos, yo lo acepté como hecho á mi persona misma. Venid pues á recibir las co-

ronas debidas á vuestros méritos. Venid á poseer un reino que os está preparado desde el principio del mundo. Venid á gozar eternamente de mi presencia: *venite, benedicti Patris mei, percipite regnum, quod vobis paratum est ab origine mundi.*

Por lo que á vosotros hace, los que no habeis tenido caridad, apartaos de mí, malditos: separaos de mí un inmenso intervalo: haced eternamente compañía á los demonios en un fuego inextinguible: *discedite à me, maledicti, in ignem æternum, qui paratus est diabolo, et angelis ejus.* Pronunciadas por Jesucristo en su furor estas terribles palabras, los cielos, la tierra, los elementos ya no existen; pasó el tiempo, y entramos en una eternidad feliz ó infeliz, según nuestras obras: *tunc reddet unicuique secundum opera ejus.*

Este es, carísimos hermanos, un

bosquejo débil é informe del juicio universal: día verdaderamente del Señor, y día del hombre: día en que Dios manifestará su poder, y vindicará su justa y equitativa providencia: día en que revelará quién es el hombre, exáminando con rigor su causa, y sentenciándole sin apelacion y por una eternidad segun sus méritos.

Meditad pues por un momento, os ruego, sobre la gran diferencia entre la suerte de los justos y la de los réprobos. Aquellos irán al cielo, estos á los infiernos: aquellos á un reino inmenso, estos á una prision estrecha: aquéllos á la sociedad de los ángeles y santos, estos á la compañía de los demonios: los primeros tendrán á todo un Dios por recompensa, y estos últimos á los ángeles malos por verdugos: los primeros gozarán bienes eternos, y los malos sufrirán tormentos infinitos.

¿Qué resta pues, señores, sino ponernos á cubierto de la ira futura? Ahora es el tiempo aceptable. Este en que Dios nos llama es el día de la salud. Aprovechad la luz, os ruego, antes que os comprendan las tinieblas. Desarmad ahora por medio de una sincera penitencia la justa cólera del Señor. No perdais jamas de vista el terrible momento de vuestro juicio: meditad sobre vuestro eterno destino, y el fin para que fuisteis criados. Estos son los principales correctivos de la culpa, segun las escrituras. Llegad pues rendidos y contritos á los pies de Jesucristo. Hé aqui su adorable imágen: postraos con espíritu de compuncion, y derritiendo vuestro corazon en lágrimas, implorad su divina clemencia, diciendo llenos de confianza: Señor mio Jesucristo &c.



SERMON V

VESPERTINO

Ó DE MISION,

sobre el Infierno.

Ite, maledicti, in ignem eternum.
Matth. xxv.

Id, malditos, al fuego eterno.

Tal es, señores, la terrible sentencia que fulminará Jesucristo, Juez de vivos y muertos, sobre todos los réprobos en el dia de su furor y de su ira. ;Qué fallo inevitable, qué triste destino, qué separacion tan lamentable, qué incomparable pena! Hé aqui el tér-

mino fatal de las alegrías de los mundanos. Sus gritos insensatos se han convertido en lágrimas amargas: sus iluminaciones en espesas tinieblas: sus fiestas brillantes, sus cantos lascivos, sus asambleas sensuales, en que de ordinario presidian Baco y Venus; es decir, la embriaguez y la luxuria, se han convertido en un momento en horrorosos lamentos, en tormentos inexplicables. Los hijos del reino, dice Jesucristo, serán arrojados á las tinieblas exteriores, donde reinarán las lágrimas y la desesperacion: *filii regni ejicientur in tenebras exteriores: ibi erit fletus, et stridor dentium.* ;Terrible escena! señores; mas no por terrible dexa de ser verdadera y justa.

Yo no sé si estos oráculos harán en vosotros la debida impresion, estimulándoos á penitencia, como á los moradores de Nínive las amenazas de un profeta, ó si os bur-

laréis de mí, como los ciudadanos de Sodoma, cuando el justo Lot les anunciaba el fuego del cielo que iba Dios á enviar sobre Pentápolis. Pero estoy cierto que los mundanos, que pasan sus días en delicias, y que mueren sin penitencia, descenderán en el momento de su muerte al infierno, como Job se explica, donde privados eternamente de la vista de Dios, sufrirán para siempre inexplicables tormentos.

¡Lamentable infelicidad! ¿quién no tiembla y se estremece, señores? ¿Sería por ventura necesario que para convenceros de esta verdad terrible saliese del abismo un réprobo que os predicase del infierno en su persona misma? ¿Mas á qué fin este milagro, dice S. Pedro Crisólogo? El que no crea á un Dios, que baxó del cielo para instruirnos en su divina ley, ¿cómo creería á un réprobo que saliese del abismo, por mas que le intimidá-

ra con su horrible presencia?

Por tanto, yo no haré mas que exponeros sencillamente, pero ceñido siempre á los divinos oráculos, el infeliz estado del alma de un réprobo, destinada por Dios al infierno en castigo de sus pecados. Ella debe padecer eternamente dos géneros de pena, ambos inexplicables; á saber, la de daño y la de sentido, como se explican los teólogos. La primera consiste en la privacion de Dios; y la segunda en sufrir para siempre las mas espantosas tinieblas y tormentos en medio de un fuego eterno. Hé aqui en dos palabras la materia y division de este discurso, que deseo no perdais jamas de vista, por ser uno de los mas poderosos correctivos del pecado. Para empezar por la mas tolerable comparativamente, hablaré en primer lugar *de la pena de sentido*; y en segundo *de la de daño*, que es la mas insufrible.

¡Espíritu de mi Dios! á cuyo honor consagro mis trabajos, renovad hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Llenad de vuestro fuego divino el corazon de todos mis oyentes, para que por medio de una verdadera penitencia se pongan en tiempo á cubierto de vuestra ira futura. Dignaos, Señor, purificar mis labios como los de vuestro profeta, para que dignamente pueda anunciar vuestros oráculos. Esta gracia os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Esposa y Madre nuestra María santísima. *AVE MARIA.*

Ite, maledicti &c.

A fin de que no penseis que por un efecto de mi genio lúgubre, ó de una imaginacion recalentada pretendo asustaros con terrores pánicos al describiros las penas del infierno, elijo por exemplar de estos horribles tormentos al infeliz réprobo de que nos habla S. Lucas en el capitulo xvi de su evangelio.

Habia, dice, un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo, y comia con esplendidez diariamente. Habia al mismo tiempo un cierto mendigo, llamado Lázaro, que cubierto de llagas yacía á las puertas de aquel poderoso, deseando saciarse de las migajas que caian de la mesa de aquel rico, y nadie le daba. Sucedió pues la muerte del

mendigo, y fue conducido por los ángeles al seno de Abraham. Pero habiendo muerto el rico, fue sepultado en el infierno.

Sigamos, señores, con la consideracion el alma de este réprobo, fiel exemplar de los demas, desde el momento en que sale del tribunal supremo y baxa á los abismos. ¡Qué soledad tan espantosa! Abraham, que desde lo alto de los cielos echa sobre él una mirada penetrante, le ve como abismado en un caos inaccesible á la luz del día, sepultado en el fondo, y como sellado sobre su cabeza: *magnum chaos firmatum est*. Aquí es donde segregado del cielo y de la tierra, separado de los hombres y de todos los seres, debe vivir eternamente sin sociedad, sin apoyo y sin consuelo.

Despojado el réprobo, por decirlo así, de todos los caracteres de la naturaleza, de todos los títulos

de la vanidad, de todas las prerogativas de nacimiento, sin parientes, sin amigos, sin nombre, sin casa, y sin familia, solamente es conocido por sus vicios. Palacios, ciudades, tierras, sol, astros, firmamentos, vosotros no existis ya para un alma abismada en la noche eterna. Sepultada en esta lúgubre mansion, solo puede palpar las mas densas tinieblas. Aislada, incierta, trémula, solícita en vano arrojar su vista sobre los objetos agradables que ha dexado; porque es necesario que devore sin consuelo sus amarguras y dolores.

¿Quién podrá, señores, concebir la extraña revolucion que siente el alma del réprobo al entrar en esta horrible mansion? En este momento, dice un sabio, han desaparecido las imágenes del ojo. Los sentidos han dexado ya de enviarle sus diferentes impresiones. Sus antiguos pensamientos han perecido con el

celebro que les daba su sér. Han cesado las ilusiones con el juego de los órganos que las causaban: los fantasmas de la imaginacion han desaparecido con la luz, porque una noche oscura le ha robado todos los objetos.

Transportada pues súbitamente de un mundo risueño á un horroroso vacío, reconoce á su pesar aquella region lúgubre que le habia anunciado el santo Job como una tierra tenebrosa, cubierta de las sombras de la muerte; como una tierra de calamidad y de miseria, donde reina una noche eterna, un perpetuo horror, un desórden sempiterno: *ubi nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.*

¡Qué espantosa noche, qué incomparables tinieblas! Acaso la pintura que hizo el sabio de aquellas con que cubrió Moisés la faz de Egipto podrá ayudaros á concebir la idea de las que cubren el alma

réproba. Imaginad, os ruego, esta terrible obscuridad que sale del fondo de los abismos; esta noche impenetrable al resplandor del fuego, á la luz de las llamas, á los rayos de los astros; esta noche profunda, dice un sabio, que no fue interrumpida por los mas horribles relámpagos sino para entrever espantosas fantasmas. Imaginad á los egipcios absortos, llenos de temor é inmóviles. Considerad á estos infelices temblando al ver los mas horribles monstruos, al oír los silbos de las serpientes, los bramidos de las bestias feroces, el ruido de los ecos, el de las aguas y los vientos, que apenas les permitia respirar. Tal es substancialmente la pintura que de las tinieblas de Egipto hizo el autor de la Sabiduría.

Mas aunque esta noche memorable sea figura de la noche eterna, ¿quién no ve que solo es imagen imperfecta y débil de las tinie-

blas que reinan en el vasto caos del abismo? ¡Horrores lúgubres, que llenasteis de espanto al Egipto! vosotros seriais las delicias de la mansión tenebrosa en que cae el alma réproba al salir de su cuerpo, y por toda la eternidad: *magnum chaos firmatum.*

Pero aun esta pena sería tolerable si fuese sola la que aflige los sentidos del réprobo. Oid al rico epulon, símbolo de los demas. Me abraso, dice, en estas llamas: *cruccior in hac flamma.* Llamas en la noche eterna sin iluminar sus tinieblas; fuego que devora, y no brilla, ¿cómo conciliarémos efectos tan contrarios? ¡Ah! señores, consideremos á este fuego en sí mismo, y en la mano de Dios. En sí mismo es un fuego real y verdadero, cuya sola idea debe hacernos temblar. En la mano de Dios es un fuego preternatural y milagroso, cuyo pensamiento nos debe atemorizar mas.

Yo bien sé, hermanos míos, que las pasiones no se acomodan á esta doctrina que juzgan demasiado severa, y que no faltan incrédulos que duden de la existencia de este fuego. Mas el oráculo de Jesucristo sobre la materia es bien expreso; *id, malditos, dirá á los réprobos, id al fuego eterno. Ite maledicti in ignem æternum.* ¡Qué funesta actividad la de este voraz elemento! Él fue sin duda el que cayendo sobre aquellas ciudades abominables de Pentápolis, reduxo en un momento á una vasta hoguera el país mas ameno y delicioso, convirtiendo á estas regiones malditas en una especie de imágen de los fuegos eternos, como S. Judas se explica: *factæ sunt exemplum ignis æterni.*

El fuego debe asimismo consumir en los últimos dias los cielos, desecar los mares, y reducir el universo á cenizas, marchando delante de la faz del Señor para devorar

á sus enemigos: *ignis ante ipsum præcedet, et inflammabit in circuitu inimicos ejus.*

Avivad aquí vuestra fe, y entrad con la consideracion en estas ardientes prisiones, cuyos cautivos estan como abismados y sumergidos en un fuego, que une el horror de la mas espantosa obscuridad á la mayor actividad de sus llamas: fuego extraordinario, que no solo obra sobre los cuerpos, sino sobre los espíritus, abrasándolos y devorándolos, pero sin disiparlos ni consumirlos: fuego que enciende, nutre y conserva la ira del Señor, formando un abismo de ardor, de llamas y tinieblas.

Por esta razon da Jesucristo al infierno ya el nombre de fuego eterno, ya de tinieblas exteriores: dos imágenes, que por mas incompatibles que parezcan, se reunen en el abismo; pues aunque Dios ha unido siempre sobre la tierra la luz

al fuego, puede separar estas cosas á su arbitrio, y las separa en efecto en el infierno para mayor castigo de los réprobos; porque como el fuego debe abrasar aquella terrible cárcel, destinada para colmo de todos los males, no tuvo por conveniente manifestase su luz, que podria servirles de algun consuelo, aunque miserable. El fuego pues, el azufre, el espíritu de las tempestades, ó los ardores sempiternos serán, segun el Rey Profeta, una parte del cáliz de los réprobos.

Consultad vuestro interior, señores, para responder á una pregunta que sobre la materia os hace el santo profeta Isaías. ¿Quién de vosotros, dice, podrá vivir entre este fuego devorante? ¿Por ventura aquel hombre abominable, cuyo dios es el vientre y las delicias sensuales? ¿Aquella persona de bello humor, entregada como el rico avariento al luxó y á la gula, an-

sioso de todos los manjares delicados, curioso indagador y espectador de todos los festines, y que hace alarde de sobresalir en el bello arte de gustar las viandas mas exquisitas, los vinos, los aceites mas deliciosos? ¡Ah! la hiel de los dragones, dice el Espíritu Santo, será el vino de estos infelices en aquel abismo de ardor y de tinieblas. *¿Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* ¿Podrá acaso sufrirlo esta jóven sensual, débil y delicada, á quien asusta el solo nombre de penitencia, y que apenas observa los ayunos de precepto? Esta que solo respira placeres y diversiones, á quien atemoriza el mas ligero ensueño, ¿cómo podrá tolerar esta noche eterna, que jamas verá la luz, ni respirar para siempre estos fuegos devorantes? *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?*

Mas consideremos ya este fuego

en las manos de Dios, que es quien lo atiza y le comunica el ardor. Nuestro fuego, dice un sabio, obra por grados y con intervalos, su accion es sucesiva; pero el del infierno obra de un golpe, y en el momento hace sentir toda su actividad. Congregad, dirá Dios á los ministros, congregad á los réprobos, ligad sus manos manchadas con toda especie de impurezas; ligad esos pies prontos siempre á correr por las sendas de la iniquidad; esas lenguas siempre dispuestas á destilar la hiel de la maledicencia; ligad esos sentidos profanados por secretas y vergonzosas complacencias; ligad esas almas criminales y esos cuerpos sensuales; ligad á esos enemigos irreconciliables, que se han hecho eternamente la guerra; esos viles esclavos de la avaricia, del luxo, de la vanidad, de la lascivia y de la gula. Congregad todas estas víctimas de mi justicia irrita-

da, como un rebaño estúpido, á propósito solo para el fuego: *congregate eos quasi gregem ad victimam*. Ligad ese innumerable rebaño, y arrojadlo al fuego para que arda eternamente: *colligent eum, et in ignem mittent, et ardet*. Fuego voracísimo, que abrasará á los réprobos como pajas ligeras, ó á manera de estopas en un brasero encendido, cómo se explica el Eclesiástico: *stippa collecta synagoga peccantium, et consummatio illorum flamma ignis*. Fuego que sin embargo de su actividad, aunque atormenta extremamente, no destruye los cuerpos como el nuestro elemental, antes sí los nutre al tiempo mismo que los abrasa. Fuego, que viene á ser como una especie de sal, que preserva de corrupción á la víctima, dándole, para decirlo así, una triste inmortalidad, mil veces mas funesta que la muerte misma: *omnis victima sale condietur*.

De aqui se deduce legitimamente que todos los males y tormentos de la tierra son una mera sombra del fuego del infierno. Figuraos las mas graves penas y suplicios que desde el principio del mundo han padecido los hombres; todos ellos comparados con los del infierno son juegos y vagatelas de niños, dice S. Juan Crisóstomo: *hæc omnia risus sunt*.

La guerra, la hambre, la peste, las tempestades que destruyen vuestras campiñas, los terremotos que arruinan vuestras casas, todo esto prueba bien que Dios está irritado con nosotros. Sin embargo, es preciso confesar con un profeta, que estos males no son mas que una gota del amargo cáliz de su ira, que ha destilado el Señor sobre nuestras cabezas: *stillavit super nos maledictio*.

Si unas simples gotas pues son tan amargas, ¿qué diremos del tor-

rente de su furor, como reflexiona un padre de la Iglesia? ¿Quién de vosotros, os ruego, podrá vivir eternamente en este fuego devorante? *Quis poterit habitare de vobis cum igne devorante?* ¿Poderosos del mundo! mas criminales tal vez que el rico avariento, ¿cómo podreis tolerar estos ardores sempiternos? ¿Mugeres del siglo! mas reprehensibles á veces por vuestros adornos profanos y lascivos, que la impia Jezabel, ¿cómo podreis sufrir este fuego devorador y eterno?

Nuestra conducta es regular, oigo decir á muchas personas. Es verdad que nos conformamos á la moda y usos del mundo; que frecuentamos los teatros y las diversiones; que gustamos del placer y de la magnificencia en los vestidos, en las mesas y en los trenes; pero estamos libres de aquellos crímenes que deshonran la sociedad. No tenemos pues que temer un destino tan infeliz.

¡Ah! si el infierno no hubiera de poblarse sino de homicidas, ladrones é incestuosos, yo acaso os daria mil parabienes. Mas él está lleno de cristianos tibios, gulosos y mundanos; y temo mucho que este language farisáico que adoptais, y la soberbia, luxo y descuido en que vivís, os haga clamar algun dia con el rico avariento: *crucior in hac flamma.*

¿Sabeis en qué consiste mi justo temor de vuestra salud eterna? En que el reino de Dios, como dice Jesucristo, padece violencia, y solo con violencia se arrebatá; y al mismo tiempo observo que vosotros ninguna haceis á vuestros apetitos: antes por el contrario os veo conformaros á las máximas de un siglo corrompido, contra el precepto expreso del Señor, y abrazar de por vida las pompas y vanidades, de que solemnemente renunciasteis en el sacro bautismo.

Añado, que las pasiones de este tiempo, como se explica S. Pablo, no son dignas de la gloria que tiene Dios prometida, y que solo obtendrá el que perseverare hasta el fin, crucificando la carne con sus vicios, desnudándose del hombre viejo; es decir, del pecado, para vestirse de Jesucristo, imitándole en la humildad, en la obediencia y en la caridad. El que pretenda salvarse por otra senda, camina al precipicio, y será atormentado en el abismo, no solo con un fuego eterno, sino, lo que es mas, será privado para siempre de la vista de Dios: segunda reflexion de este discurso, que voy á exponeros con la posible brevedad. Renovad aqui vuestra atencion.

II. El hombre por la culpa se separa de Dios, posponiéndolo á la criatura, y el Señor en justa pena se aparta del pecador eternamente. Yo le ocultaré mi rostro, dice en

el Deuteronomio. ¡Castigo incomparable, inconsolable separacion, pena infinita! como santo Tomas la llama, por ser la pérdida del infinito bien, que es Dios.

¡Quién pudiera, señores, presentaros aqui con extension la verdadera idea de este tormento, mucho mas cruel que las llamas, y mas intolerable que la soledad y las tinieblas de la noche eterna! Hablo de la privacion de Dios, privacion amarga, que arroja al alma réproba en un estado tan deplorable, cuanto es de regocijo la presencia de Dios para los bienaventurados. ¡Ojalá pudiese yo hacerlos comprender todo el horror de aquel inmenso vacío que dexa en el corazon de los malos la privacion del infinito bien, que es lo único que puede llenarlo! ¡Ojalá pudiese exprimir esta necesidad infinita, y jamas satisfecha, que produce en el réprobo la separacion de

aquel bien adorable para que fue criado! ; Ojalá pudiese describir este vehemente deseo que le lleva ácia Dios, junto con la desesperacion de estar separado de él para siempre! ; Ojalá en fin pudiera representar con energía el maravilloso contraste del perpetuo conato del alma réproba por dirigirse ácia su centro, que es Dios, y la violencia con que una mano oculta le repele y le aleja!

; Mas cuán difícil es comprender una pena, de que no tienen idea nuestros sentidos, y que solo es visible á los ojos de la fe! Imaginad, dice un sabio, una de estas inclinaciones impetuosas, y que en cierto modo ni dexan imperio á la razon, ni reposo al alma, de liberacion á la voluntad, ni tregua á los movimientos, ni límites á la desesperacion de no poder satisfacerse. Todo esto no es mas que una ligera idea del atractivo inde-

liberado de los réprobos por el bien supremo, y la infinita pena de no poderle gozar.

No quiere decir esto, que el alma réproba ame al fin á su Dios, á quien no ha amado durante su vida mortal. Le blasfema por el contrario, aunque llora la infelicidad de estar separada para siempre de la presencia del Señor, y esta amarga privacion es su mayor suplicio. Si ella pudiera arder en el fuego de la caridad, bien presto penetraria el intervalo inmenso que la separa del cielo; y vos, ¡ó mi Dios! que sois la bondad por esencia, la abrigariais en vuestro seno paternal, redimiéndola de las llamas vengadoras. ; Mas ella, Señor, está privada para siempre de veros, porque jamas dexará de aborreceros!

No hay pues redencion en el infierno; porque allí no puede haber conversion ni arrepentimiento:

la precision de permanecer en sus sentimientos culpables, hé aqui el mayor suplicio de los réprobos, y el que, para decirlo asi, eterniza todos los demas. Mientras vivian en el mundo conservaban en cierto modo algun gusto por la virtud; su inclinacion al mal no era invencible; y aun en la carrera de sus mayores desórdenes sentian la libertad de convertirse al bien, y aun remordimientos que mas de una vez los excitaban á ello. Mas en el infierno, aunque penetrados de afliccion por sus pasados crímenes, no pueden ya abjurar ni detestar su malicia. Inflexibles en el pecado, inmóviles en su mala voluntad, desearian haber detestado los crímenes que aman; haber practicado las virtudes que aborrecen; haber amado al mismo Dios que blasfeman. Monstruoso contraste de rebelion y de pena, de deseos y desesperacion, de remordimientos y delitos, que

los hace aborrecer igualmente el mal que el bien. Por manera, que persistiendo porfiadamente en sus deseos criminales, no cesan de reprehenderse; y sin querer dexar de ser culpables, querrian no haberlo sido jamas.

¿Qué ausencia pues, señores, qué separacion igual á la pérdida y privacion de Dios por una eternidad? ¿quién es capaz de considerarla ni explicarla? Vosotros, dixo S. Pablo á los fieles de Mileto al despedirse de ellos, vosotros todos, á quienes he predicado el reyno de Dios, mis hijos muy amados, á quienes engendré en la Iglesia, sabed que es ya tiempo de separarme; y ya no oireis esta voz que os anunciaba el evangelio. Paulo, vuestro padre, vuestro maestro, vuestro amigo, será bien presto cargado de prisiones, y no volvereis á ver mi rostro.

Á estas palabras fué universal la consternacion del auditorio. Los

suspiros, los sollozos, las lágrimas fueron los fieles intérpretes de su afligido corazón: *magnus fletus factus est omnium*. Hasta allí, dice S. Juan Crisóstomo, habían oído sin particular moción las tristes predicciones del Apóstol; á saber, que por su ausencia entrarían en el rebaño lobos rapaces que lo devorarían, y hombres perversos que se ocuparían en formar prosélitos de su iniquidad. Mas cuando llegó el momento de su despedida, fueron sorprendidos de dolor, principalmente por haberles dicho que no verían mas su rostro: *dolentes maxime in verbo, quod dixerat, quoniam amplius faciem ejus non essent visuri*.

Si tanta sensación pues pudo hacer en los fieles primitivos la separación de S. Pablo, ¿qué diremos de los réprobos en orden á su separación de Dios? Los fieles de Mileto bien sabían que pasado algun

tiempo tenían esperanza de ver á Pablo, sin miedo de perderle. Mas en orden al réprobo sucede todo lo contrario. Luego que resuene al oído de cualquiera de estos infelices: *separaos de mí: id al fuego eterno*: ya no quiero vuestra sociedad; ya no seré vuestro Dios, ni vosotros sereis ya mi pueblo; yo os privo de mi herencia, como vosotros me habeis privado de vuestro amor; ya no vereis jamas mi rostro: *non videbitis faciem meam*: una vez, digo, pronunciado este destierro, ya no hay apelacion de la sentencia. En vano gritarian estos desgraciados cautivos desde el fondo de los abismos: manifestadnos, Señor, vuestro rostro: *ostende nobis faciem tuam*: manifestadnos este rostro que contemplan los ángeles, y que cada vez desean ver con mas ansia: este rostro que no pueden contemplar los querubines sin cubrirse con sus alas; este rostro, cuya belleza siempre

antigua, y siempre nueva, nada pierde jamas de su esplendor; mostradnos vuestro hermosísimo rostro, y seremos salvos: *ostende faciem tuam, et salvi erimus*. Vanos, digo, serian estos lamentos: *apartaos, malditos*; hé aqui la fulminante respuesta: retiraos, impios; adoradores criminales de estas mortales divinidades, id á los abismos á gozar de estas infelices criaturas, de quienes fuisteis esclavos: id á gustar los frutos de vuestra codicia, luxuria y gula entre los ardores sempiternos; pues por lo que hace á mi rostro, no lo vereis jamas: *non videbitis faciem meam*.

¡Qué expresion! ¡qué pérdida, señores! ¿quién es capaz de explicar toda su extension? La separacion de los amigos y parientes, la pérdida de la salud y del honor, todo ello es nada en comparacion de la pérdida de Dios, cuya posesion es la de todos los bienes, como se

explica el santo Job, igualmente que la privacion de su divino rostro el cúmulo de todos los males. ¿Qué mayor infelicidad en efecto, que ser para siempre despojados de todos los bienes de la naturaleza, de los de la gracia y de la gloria? Un hijo sin padre, un rey sin trono, una esposa sin marido, un ciudadano sin patria, ¿puede compararse esta pena á la privacion de Dios?

¡Estado verdaderamente el mas lamentable! cuya sola consideracion hacia temblar y estremecerse á los mas grandes santos. Culpable de un doble crimen de adulterio y de homicidio, decia David: ¿no me excluirá de su reyno este Dios vengador? ¡Ah! que me quite en buen hora la corona; pero que no me prive de la de sus santos: que me arroje de mi trono; pero no de su presencia. *¿Numquid in æternum projiciet Deus?* Por lo que á mí hace, para explicarme con el Cri-

sóstomo, miro la sola pérdida de Dios por mas intolerable que mil infiernos juntos.

Es verdad que durante esta vida mortal, en que solo podemos ver á Dios como en enigma y por un espejo, como dice S. Pablo, no nos es posible formar cabal idea de la incomparable pérdida de un Dios. Mas cuando fuere quitado el velo de esta carne, y seamos conducidos hasta las puertas del cielo, no podremos dexar de entrever esta magestad omnipotente, que puso límites al mar, y en equilibrio las montañas; que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra, afirmandola sobre sus bases: esta magestad benéfica, que nada ha omitido por atraernos á su reyno inmortal. Díganlo las promesas, instrucciones, amenazas, lágrimas, y aun la misma sangre de su Unigénito. Esta magestad resplandeciente, que bastaria verla como es en sí por

un momento para ser eternamente felices: esta magestad paciente, que por tanto tiempo ha suspendido su cólera contra el pecador, y que solo á su pesar le ha arrojado de su vista. Cuando consideren pues los réprobos la privacion del esplendor de tanta magestad, entonces comenzarán su llanto eterno, su tristeza, su desesperacion: *ibi erit fletus, et stridor dentium*: y aturdidos á manera de ébrios, como David se explica, solo volverán en sí para exclamar inútilmente: *ergo erravimus à via veritatis*.

Pecadores, ¡que os immortalizariais de buena voluntad sobre la tierra por gozar de vuestros desenfrenados apetitos! ¡cautivos criminales, á quienes la dulce memoria de la celestial Jerusalem, vuestra patria, jamas ha arrancado un suspiro, y que separados de la gracia de Dios, vivís á sangre fria en este mundo! Hé aqui la triste suerte

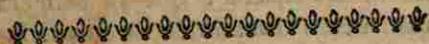
que os espera en la eternidad si no borrais en tiempo con lágrimas de verdadera penitencia vuestros pecados.

Entrad en vuestro interior, señores, y meditad con estremecimiento estas verdades. Yo nada he avanzado en este lúgubre discurso, que no esté fundado en los divinos oráculos. No perdais pues de vista el fin último para que Dios os crió; ni olvideis por un momento, que en el fin de los siglos unos resucitarán para la bienaventuranza, y otros para un eterno suplicio: aquellos para gozar de Dios, y verle como es en sí eternamente; estos para vivir en las mas espesas tinieblas, en la mas espantosa soledad, entre los ardores sempiternos de un fuego abrasador, que el Señor ha encendido y conserva con el soplo de su ira: aquellos gozando para siempre de la presencia de Dios; y estos privados eternamente de su amabi-

lísimo rostro: *in tempore illo alii evigilabunt in vitam æternam, alii in opprobrium æternum.*

¡Omnipotente Dios y Señor nuestro! apresuraos á venir en nuestro auxilio, y abrasadnos en el fuego de vuestro amor divino, para no ser sorprendidos por una muerte criminal. No permitais, Señor, que en nosotros se pierda el fruto de vuestra sangre preciosísima, y la copiosa redencion de vuestro Hijo. Pecamos; hemos cometido iniquidades; hemos errado las verdaderas sendas; hemos disipado la inestimable legítima de vuestras gracias; hemos abusado de vuestra paciencia; pero reconocemos nuestros yerros, y volvemos arrepentidos. Aquí de vuestra clemencia, Señor, y de vuestra misericordia. Echad sobre nosotros una mirada favorable, una gracia victoriosa que ilumine nuestras tinieblas, á fin de que se renueve hoy vuestra gloria en el tem-

plo de nuestras almas. No desconfieis, hermanos míos; ahora es el tiempo aceptable, ahora es el día de la salud: seguid la luz antes que os comprehendan las tinieblas de la noche eterna. Volved, hijos pródigos, á la casa de vuestro Padre Dios, que os espera con los brazos abiertos. Postraos ante la adorable imagen de su Unigénito, y clamadle contritos y humillados de lo íntimo de vuestro corazón: Señor mío Jesucristo &c.



SERMON VI.

VESPERTINO

Ó DE MISION,

sobre los trages profanos, y sus consecuencias.

In die hostiæ Domini visitabo super principes, et super filios regis, et super omnes, qui induiti sunt veste peregrina. Sophon. cap. 1.

SEÑORES:

No lamentariamos tantos y tan graves daños en el pueblo cristiano, si considerásemos seriamente el origen de nuestros trages y vestidos.

La fe nos enseña , que su primera institucion dimanó de la culpa. De resultas del pecado de nuestros primeros padres conocieron estos su desnudez por el desorden de sus apetitos. Estimulados de su propio pudor, procuraron cubrirse con unas hojas de higuera. Y no bastando estas á ocultar toda su vergonzosa desnudez , movido el Señor á compasion , los vistió de pieles , como en señal y testimonio de su caída.

Pero nosotros , herederos no menos de su pecado que de su confusion , hacemos sin escrúpulo del sambenito gala. Es decir , miramos el vestido , instituido en su origen solo para la decencia y recuerdo de nuestra esclavitud , como un digno objeto de nuestros desvelos , y ocupacion propia y de por vida de almas bien formadas. Por manera, que de ordinario es mirada como persona infeliz y la mas despreciable en la sociedad la que no alterna

con los demas en el luxo y profanidad de los vestidos que ha inventado la vanidad y deseo de sobrelir , para fomento de la soberbia , y poderoso estímulo de la lascivia. Y como si no fuese bastante para darnos tormento , y ponernos á la orilla del precipicio eterno la concupiscencia que habita en nuestros miembros, este ángel de satanás , como la nombra S. Pablo , buscamos con el mayor desvelo nuevos alicientes y estímulos agudos en el luxo y profanidad de los vestidos , que sirvan, aun á pesar nuestro , de escándalo á nuestro próximo , de daño á nuestra familia , y de perjuicio á la república.

Contra un tan pernicioso como universal desorden , que Dios ha de visitar en el dia del juicio sobre todos los que usen trages peregrinos , sin excepcion de príncipes ni de hijos de reyes , segun el testimonio de Sofonías , se dirige hoy mi zelo , con el designio de pre-

servaros de la ira futura. Á este fin os haré ver, que el uso profano de los vestidos se opone en primer lugar al espíritu del evangelio, y en segundo al bien del estado. Dos reflexiones que dividen justamente la materia; digna ciertamente de esta cátedra, de vuestras atenciones, y de mis débiles conatos.

Dignaos; Dios de magestad! hablar en esta hora por mis labios, á fin de renovar vuestra gloria en el templo de nuestras almas. Comunicad vuestra luz y energía á mis palabras. Grabadlas, Señor, en el corazon de mis oyentes, para que en tiempo corrijan un abuso que tanto los aleja de vos, y que insensiblemente los conduce al abismo. Esta gracia os pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Madre y nuestra Maria santisima. Saludémosla humildes con el ángel. *AVE MARIA.*

In die hostiæ &c.

Basta echar por un momento la vista sobre las santas escrituras y testimonios de los padres, depositarios fieles de la tradicion, para conocer la irreconciliable oposicion que hay entre el luxo y profanidad de los vestidos, y el espíritu del cristianismo. La solemne profesion que hacemos en el sagrado bautismo (la cual ratifica Dios en el cielo) empieza por la renuncia del diablo y de todas sus obras, para creer en Jesucristo, y observar sus oráculos. Hacemos esta renuncia y confesion, porque el rebelde antes de reconciliarse con su príncipe debe volver la espalda al enemigo. Profesamos en seguida el símbolo de la fe, y reengendrados en Jesucristo, somos asociados á la

vida cristiana. Esta no es otra cosa que la imitacion de la de Cristo, segun el espíritu del evangelio.

La vida cristiana en efecto es una continua lucha sobre la tierra; una guerra perpetua contra el demonio, el mundo, y la concupiscencia de la carne y los ojos; contra la soberbia de la vida, la ambicion, el luxo y la vanidad: es un choque y lucha interminable contra los apetitos humanos: es un taller de paciencia, de humildad y de penitencia: una profesion inviolable de amor de Dios y de caridad, de oracion y accion de gracias. Es una clase de milicia en fin, en que no basta alistarse baxo las banderas de Jesucristo, confesando la Unidad de Dios, la Trinidad de Personas, la Encarnacion del Verbo eterno, el símbolo y los sacramentos; sino que para salvarse es necesario aspirar á la santidad y perfeccion cristiana por la observancia de los manda-

mientos é imitacion de Jesucristo.

Este divino Salvador y Gefe de los predestinados, que tiene una voluntad sincera de la salud de todos, nos prescribió las reglas fijas de obtener su eterna felicidad. El que quisiere, dice, venir detras de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame. Si no renunciáre de todo lo que posee, siendo pobre de espíritu, no puede ser mi discípulo. No os conforméis á este siglo, nos intima por S. Pablo; porque todo lo que hay en el mundo, como S. Juan se explica, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida. Si sois pues bautizados en Cristo, como dice el Apóstol, os habeis vestido de Cristo, y debeis consideraros como muertos al mundo, porque vuestra vida está escondida en Dios con Cristo, de quien sois miembros... mortificaos pues, y vestíos como escogidos de Dios, de

la humildad y de la modestia; para conformaros á la imágen de Jesucristo, sin lo cual no podeis ser salvos.

Hé aqui, señores, una breve idea de la vida cristiana que solemnemente profesamos en el sacro bautismo. ¿Quién por estos rasgos no conoce la irreconciliable oposicion que ella tiene con el luxo profano y ruinoso de vuestros vestidos? Ellos en efecto deshonoran vuestra profesion, y sirven de escándalo á vuestro hermano. ¿Qué poderosos motivos para ser arrojados! Seguidme atentos.

Los que se glorían del nombre de cristianos, y no observan la modestia, que segun el Apóstol debe ser notoria á todos, hacen injuria á Cristo, dice un padre de la Iglesia, y dan ocasion á que el infiel blasfeme de su santo nombre. ¿Qué juicio en efecto formará un gentil de una religion, cuyos pro-

fesores parece trabajan á porfia por inventar trages profanos, adornos indecentes y costosos, y solo á propósito para fomentar la vanidad, el orgullo, la lascivia y soberbia de la vida?

Hablo con vosotras, personas del otro sexó, idólatras de vuestra hermosura, que manchais y adulterais la imágen de Dios en vuestro rostro; ya pintándolo como la impia Jezabel para engañar á Jehú; ya adornando vuestras cabezas á manera de templo, como las hijas profanas que nos describe el salmo; ya brillando con todo el oro de Ophir, con los diamantes y telas costosas de la India, con los colores y plumas de la Persia, y á veces exhalando los perfumes y aromas de la Arabia. ¿Es este, os ruego, el honor que dais á vuestra profesion de cristianas? ¿Es este el traje en que debeis orar, adornadas de modestia y sobriedad, sin rizos, oro,

perlas ni vestido precioso, como os enseña S. Pablo? ¿Es esta la moderacion en el vestir, y los adornos que S. Pedro os recomienda?

¡Ah! ¿con qué confianza levantaréis un rostro al cielo, que desconocerá vuestro Hacedor, como se explica S. Gerónimo? ¿Qué otra cosa es el ornato de vuestras piedras preciosas, que un símbolo de vuestra soberbia, segun la expresion de Ezequiel? Aun quando por este medio logreis (con deshonor de la sana moral de Jesucristo) dar realce á vuestra hermosura, ¿qué otra cosa es la de vuestro cuerpo, animado por una alma viciosa, que una buena nave regida por un mal piloto? Semejantes á las aves que vió el profeta Isaías entre las ruinas de Babilonia, presentais, es verdad, belleza desde lejos. Mas si quisierais reconocer vuestro interior á fondo, hallariais llena de hediondez y de torpeza la decantada her-

mosura de Venus y de Helena, baxo la superficie de belleza. Veriais que en agravio de la religion os gloriais en el vestido contra el precepto del Eclesiástico. Veriais con San Agustin, que el verdadero adorno de un cristiano son las buenas costumbres. Veriais cuán faláz es vuestra gracia, cuán vana vuestra hermosura, y que solo es digna de alabanza la muger que teme á Dios, segun el Sabio.

Por lo que á vosotros hace, ¡hombres afeminados! el deshonor que causais á vuestra religion y á vuestro sexó con la ridícula profanidad de vuestros trages, aun es mayor y menos tolerable que el de las mismas mugeres. Adornados con el oro y la púrpura, de costosos brillantes, de telas exquisitas, variadas de colores y plumas, ¿qué imagen presentais sino la de una saltatriz de nuestros dias? Por manera, que sin miraros desnudos, como dice

Clemente Alejandrino, apenas podrá distinguirse si sois hombres; y si os fuera permitido, añade, usar de basquiñas por la variedad de colores, no lo rehusaríais; pues usais en su lugar de flecos y cintas de oro, para compensar lo que os prohibió naturaleza. No puede, concluye este padre, llegar á mas la desvergüenza.

¿Qué diría, os ruego, si hubiese visto á ciertos adónis de nuestros días, que con la mas vergonzosa impudicia hacen ostentacion de ser hombres? ¿Qué diría, añado, de estos ancianos, que juzgando poder de tiempo en tiempo mudar de piel como las serpientes, se tiñen el cabello para parecer mozos, como si las arrugas de su rostro y manos no desmintieran este ardid ridículo, ó como si la ancianidad (juiciosa) no fuese venerable?

¿Es esta por ventura la modestia que tanto nos recomiendan las

santas escrituras? ¿Tienen alguna analogía estos adornos con el vestido que puso Dios á Adán y Eva en el paraíso para cubrir la vergonzosa desnudez que advirtieron en castigo de su culpa, trascendental á todo el género humano? ¿Se adornaron así Eliás, Eliseo, los profetas, los apóstoles y padres de nuestra fe? ¿Es este el saco de penitencia á que nos hace acreedores nuestro crimen? ¿Qué proporcion hallais entre estos adornos y el pelo de los camellos de que se vestía el Bautista, por mas que hubiese sido santificado en el vientre de su madre? ¿Qué semejanza en fin tienen vuestros paños y fajas con las que envolvieron al Unigénito de Dios en el pesebre? ¿Os desdenáis imitarle? ¿Os avergonzáis de su evangelio?

¡Ah! yo os compadezco. Cubiertos de oro y plata no habita en vosotros el espíritu de Dios, según

la expresion de un profeta. El orgullo, la soberbia y la vanidad os anima: deshonraís vuestra profesion; y el Unigénito de Dios os desconocerá ante su Padre celestial por haber profanado su divino testamento, adoptando las obras del demonio, de las cuales renunciasteis en el sacro bautismo, y por haber escandalizado á vuestro hermano.

Faltaria yo, señores, al ministerio de la palabra, y seria reo delante de Dios, si no os denunciase en tiempo el terrible juicio que os espera por lo indecente de vuestros adornos. ¿Cuánto mejor os estuviera ser sumergidos en el mar con una piedra de molino al cuello, que caer en las manos de Dios vivo despues de haber servido de ruina á vuestro próximo? Estos adornos meretricios y vergonzosas desnudeces ¿qué otra cosa en efecto pueden producir sino escándalo? No en vano el Espíritu Santo nos

manda apartar la vista de la muger adornada, y de todo lo que es vanidad; porque ella, como se explica S. Ambrosio, es propia habitacion del demonio, y el traje corporal inmodesto es indicio, dice San Agustin, de un corazon adulterino. Judás cohabitó con Tamar torpemente, porque juzgó era meretriz, segun el sagrado texto, á causa de haberse pintado y adornado con indecencia, como expone Tertuliano; ¿Qué otra cosa en efecto son vuestros adornos profanos, personas de uno y otro sexó, que estímulos de la concupiscencia, é indicios vehementes de una mente impura, como se explica S. Gerónimo?

No llevamos intencion de pecar ni de escandalizar á nadie, dicen algunos; ni tenemos otro fin que el de acomodarnos al uso. ¡Ah! señores: yo no me atreveria á salir por garante de la verdad de

vuestra asercion, y mucho menos á ser vuestro fiador en el tribunal de Dios. Llegará un dia en que se manifieste vuestra intencion al mundo entero; y entonces conoceréis á vuestro pesar é inútilmente lo frívolo de vuestra excusa.

Si vuestros trages en efectò llaman la atencion del próximo, y le incitan á lascivia, ¿qué responderéis á Dios de este escándalo, habiendo puesto ya la piedra de tropiezo? Pero seamos mas indulgentes. Aun quando ninguna ruina hayais causado con vuestros adornos indecentes, ¿os parece legítima esta excusa? Oid á S. Gerónimo: si el hombre, dice, ó la muger se adornáre de suerte que llame la atencion de alguno, aunque ningun daño se siga, experimentará el castigo, por haber presentado el veneno á disposicion de quien quiera beberlo.

Ni es mas legítima la excusa de

acomodarse al uso. ¿Es el uso, ós ruego, alguna ley canónica que os ponga á cubierto de la inobservancia de la modestia cristiana? ¿Prescribe la ley de la decencia con el tiempo ó por el uso? La infraccion de un precepto por muchos, ¿podrá excusaros del pecado? ¿Podrá hacer el uso que dexada la senda estrecha que conduce al cielo, segun el evangelio, marcheis á este mismo destino con los muchos que caminan por la senda espaciosa de los placeres, que la moral reprueba? Ó hecha liga por medio del uso, entre las leyes sacrosantas y los delitos, ¿será ya lícito todo lo público, por detestable y abominable que sea, como se lamentaba S. Cipriano?

No os engañeis, señores. El demonio dictó á las mugeres que adoptasen este abuso de adornos indecentes, decia santa Brígida, para irritar á Dios, provocando á luxu-

ria. ¿Qué diría si hubiese visto á muchos hombres de nuestros días, que como otros tantos Bálalos y Sardanápalos, oprobrio del género humano, parece quieren desmentir el sexô en los modos de andar, en la risa, en el habla, en los vestidos y calzados, en la variedad de cintas y colores, de aromas y perfumes, y esto con el depravado fin de parecer bien al bello sexô, y atraer sus miradas?

¿Qué mas? Nos adornamos así, dicen algunas, por complacer á nuestros maridos. ¿Excusa verdaderamente frívola, ridículo pretexto! ¿Qué, mirará el consorte, si tiene honor y religion, la indecencia é inmodestia de su esposa como un efecto inocente de su amor conyugal? ¡Ah! Sabed, dice á estas un padre antiguo de la Iglesia, sabed que en tanto agradais á vuestros maridos, en cuanto deseais no agradar á otros. La virtud y la hones-

tidad son las que pueden triunfar de su corazon. Mas de una vez toleran ellos vuestros adornos indecentes, falsamente persuadidos á que deben usar de esta indulgencia por conservar la paz, ó por otros vanos respetos. Si usasen con prudencia de la potestad que el Señor les ha dado, tendrian unos y otras menos cargos en el tribunal de Dios; aquellas de comision, y estos de omision culpable.

Yo, señores, me estremezco al leer en Isaías las terribles amenazas que hace el Señor á estas personas desenvueltas, que se adornan con inmodestia. "Por quanto se alzaron las hijas de Sion, dice el profeta, y anduvieron erguidas de cuello, haciendo gestos con los ojos, aplaudiendo y midiendo sus marchas con pasos estudiados, raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sion, y las despojará de su cabello... En aquel dia quitará el Señor el ata-

vío de los zapatos...los collares, los brazaletes y cofias, las redecillas, ligas y cadenillas, los anillos y las piedras preciosas con todos los demás muebles de su vanidad; y en lugar de perfumes habrá hediondez, cuerdas en lugar de cintas, y por cabellos rizados y encrespados sufrireis calvéz, y silicios en vez de fajas." No parece ciertamente sino que el profeta formaba el diseño de una petimetra de nuestros días y de su tocador.

¿Cuál será vuestra vergonzosa confusion en aquel dia terrible de la visita ó juicio universal, cuando á presencia de todas las naciones veais reprobada la profanidad de vuestros vestidos y trages indecentes, con todas vuestras vanas excusas y pretextos? Entonces conoceréis á pesar vuestro el escándalo que habeis dado, y el gran número de homicidios espirituales que habeis cometido con vuestros adornos

inmodestos. No os engañeis, hermanos míos, pues Dios no será burlado, como dice S. Pablo. "Despreciad, os ruego con Tertuliano, despreciad los adornos terrenos si deseais los celestiales. No améis el oro, en que se denota el primer crimen del pueblo de Israel: aborreced lo que perdió á los judios, que adorando el oro, despreciaron á Dios; Personas del otro sexó! usad de las vestiduras que los profetas y apóstoles fabricaron; es decir, de la sencillez el candor, el rubor de la honestidad, en los ojos la modestia, y en los oídos la palabra de Dios. Sujetad vuestras pasiones á la ley divina, y vuestra voluntad á la de vuestros maridos, siendo razonable. Así estareis suficientemente adornadas, ocupadas las manos en el trabajo, y los pies firmes en casa. Vestíos en fin de la modestia y de la púrpura de la verdad, para agradecer á Dios y á vuestros maridos."

Este es, señores, el vestido santo que recomienda S. Pablo á las mugeres para su adorno. El oro, las joyas, los vestidos preciosos no son las buenas obras y la piedad que prometieron, segun la sentencia de S. Pedro. Lejos pues de vosotros toda vanidad, toda inmodestia, todo lujo ruinoso, opuesto no solamente al espíritu del evangelio, sino al bien del estado: segunda reflexión político-moral, que paso á manifestaros con la posible brevedad. Renovad vuestra atencion.

II. El reino ó estado es una gran familia reglada y conducida por ordenacion divina, con analogía y proporcion al cuerpo natural. Como éste pues se compone de diferentes miembros, cuyas funciones, aunque diversas, conspiran de acuerdo á la conservacion del todo, á su integridad y defensa; igualmente los miembros de este cuerpo civil deben todos contribuir por su parte

á la estabilidad, buen orden y felicidad del comun que integran. Este es uno de los sagrados deberes que nos imponen las leyes inviolables de la religion y del estado, que en esta parte nos ligan por naturaleza y por justicia. Y hé aqui la bella armonía y orden que destruye el luxo profano de nuestros dias.

Para manifestaros esta verdad no haré mas que numerar sumariamente los daños que vuestros trages acarrear á la sociedad, disponiendola á su ruina. Y prescindiendo por ahora de otros muchos, ¿no atrasan ellos las familias? ¿no turban á veces la paz en ellas, y fomentan la discordia? ¿no confunden entre sí los órdenes de la república? ¿no sirven de mal exemplo á los hijos y domésticos? ¿no empobrecen finalmente el erario público? ¿Qué mas se necesita para desordenar y arruinar un estado? Seguidme sin desmayar.

¿Cuántas familias opulentas hasta cierto tiempo no se hallan hoy reducidas á la mas vergonzosa indigencia por el ruinoso capricho de las modas? Vemos de resultas los hijos sin educacion, sin carrera y sin destino; las hijas sin colocacion decente: aquellos expuestos á aumentar el número de los holgazanes y vagamundos, y éstas el demasiado de las infelices. Vemos de resultas á muchos criados sin sueldo contra la ordenacion divina; sin paga los artesanos y menestrales contra los derechos de justicia; porque todo debe sacrificarse á la profanidad de los vestidos, y al estilo del dia, segun el código de las gentes del mundo.

Si el padre de familias es prudente, y quiere corregir el capricho y la inmodestia de su consorte, ¿qué de querellas, qué guerras intestinas no se mueven? ¿qué resortes no se emplean? ¿qué ardidés no

se inventan y aprovechan? ¿qué medios, aun los mas vergonzosos, no se adoptan para brillar segun estilo? De aqui á veces ¿qué de trágicas escenas no se originan con escándalo de la sociedad? Todos estos daños, señores, son demasiado comunes y visibles para necesitar de prueba ó de confirmacion. La triste experiéncia de cada dia nos los muestra.

Pero no es esto lo mas, sino que son la raíz de otros muchos, no menos lamentables en la república. Hablo del mal exemplo que dais por este medio á vuestros hijos y familiares. ¡Padres y madres insensatas! ¿qué responderéis en el dia de la ira al Supremo de los pastores sobre la grey que os ha encomendado en este mundo para apacentarla, dirigirla y curarla? ¿Habeis olvidado por ventura, que cada uno de vosotros en su grado fuisteis constituidos por Dios apóstoles y

pastores de vuestra respectiva familia, para educarla conforme á los principios de la moral cristiana, como á miembros de Jesucristo, útiles á la Iglesia y al estado? Vuestras sanas máximas y vuestros ejemplos irreprehensibles debian tener la mayor parte en el plan de esta educacion, con arreglo á las leyes del evangelio y de la naturaleza misma.

Mas ¡ó tiempos! ¡ó costumbres! ¡ó lamentable corrupcion de nuestro siglo! Vuestros hijos y familia son testigos de vuestros mas vergonzosos crímenes, y solo reciben ejemplos de escándalo y de ruina. Ellos tocan bien de cerca vuestra desevoltura é inmodestia; asisten de ordinario á vuestro tocador, y ven de hito en hito acomodar con estudio los muebles de vuestra vanidad é indecencia. ¡Qué poderoso estímulo de imitacion no excitais en todos ellos!

Poco he dicho. ¡Qué conato no poneis, madres insensatas, en instruir á vuestras hijas á vestirse al estilo, por mas indecente que sea! como si su deshonor cohonestára el vuestro, ó la ley de la decencia prescribiera por el uso. ¿No es esto ser homicidas espirituales de sus hijas, las que, segun el espíritu del evangelio, debian ser ministras de su salvacion? ¿No es este un trastorno de los oficios y buen orden de la república?

Por otra parte, ¿quién podrá calcular los perjuicios que ésta recibe de resultas de los trages y modas costosas que tiene adoptadas el capricho del estilo? Las telas, los tejidos, cintas, bordados y todo género de manufacturas de fábrica nacional, no solo no estan en uso, sino que se miran con tedio y con desprecio. Por manera, que para ser motejada como persona de poco gusto, basta que sus adornos no

sean extranjeros, como indicio de su poco valor y costo; y esto aun cuando sean sobresalientes en la calidad, y á precio mucho mas cómodo. De aqui la ruina de las fábricas del reyno; pues como la subsistencia y el aumento de éstas depende del crédito y buen despacho de sus géneros, si éste no tiene efecto, aquellas perecerán necesariamente.

¿Qué mas? Este furioso capricho fomenta asimismo prodigiosamente el contrabando, que no solo reduce á pordioseras un gran número de familias, que de honradas antes, y contribuyentes al estado, han venido á sumo deshonor y á la indigencia, sino que extrae al mismo tiempo los caudales del reyno, empobreciendo el erario público, y enriqueciendo el del enemigo. ¿Quién podrá bastantemente ponderar unos daños que son ya casi irreparables?

En efecto, ni la severidad de las penas, ni la vigilancia del magistrado, ni los esfuerzos de las sociedades patrióticas por adelantar la industria y perfeccionar los textiles, son ya capaces de atajar un lujo, que sugerido por el demonio, y adoptado por el capricho de la moda, conduce el estado á su ruina.

¿Pero qué digo? si hasta el modo de adornarse ha de ser á lo extranjero, para cumplir con las leyes del estilo. No contentos con aquel género de vestidos que denotaban en otro tiempo como característica la gravedad en los españoles, y la honestidad en sus mugeres, es ya necesario para acreditar-se de crianza fina vestirse á la francesa, á la inglesa, á lo húngaro, á lo oriental, á lo judío, á lo turco, y llegará dia que bostecemos y escupamos á la italiana. Desórden general é insensato, que no solo cas-

tigará Dios en el día de su ira, según el profeta Sofonías, sino que es también en vida cierto presagio de la ruina de un imperio. ¿Qué de monumentos de esta verdad no nos provee la historia de muchas naciones!

Apenas entró á imperar Darío, mandó dexasen todos las armas pérsicas, y que adoptasen las de los griegos. De aquí infirieron los caldeos, que bien presto serían domados por las armas mismas que habían adoptado; lo cual se verificó en efecto baxo Alexandro Magno. Este cambió asimismo en pérsico el uso macedónico; y de aquí se originó á poco de su muerte la dimi-
 UNIV NOMA
 AL DE B

los trages antiguos en que se diferenciaban las naciones, cambiándolos en latinos, sirios, fenicios, y otros muchos; y de aquí infirieron los prudentes la gran ruina que amenazaba á su imperio. Augusto, este gran político, viendo la demasiada complacencia con que miraban los romanos los usos de otras naciones, los reprehendió severamente en el senado mandándoles retener el vestido romano, temeroso justamente de la caída de su imperio. Igual política animó á Ludovico rey de Germania para prohibir en sus dominios los vestidos y usos extrangeros. Ni podemos negar en esta parte la vigilancia de nuestros soberanos, que mas de una vez han expedido sus decretos y pragmáticas dirigidas á evitar estos males. ¿Mas quién no lamentará su inobservancia?

¡Ah! cuánto seria de desear viesemos promulgada en nuestros dias, y observada con rigor la ley del em-

perador Juan Duca : á saber , que ninguno usase de vestido extranjero ó peregrino , ajustándose cada uno , segun su clase , á su correspondiente uso , sopeña de ser notados por infames. Cesaria entonces este luxo ruinoso , profano , indecente , provocativo , no menos opuesto al espíritu de la religion , que al bien del estado : á la religion , por el deshonor que causan estos vestidos á su profesion ; por la infraccion de la solemne promesa hecha en el sacro bautismo , y por el escándalo que causan al próximo : al bien universal del estado , por los atrasos y discordias que acarrear á las familias ; por la disminucion del comercio y de las fábricas ; por el fomento del contrabando , y exportacion de la substancia del reyno que consigo traen ; por la ruina en fin á que por estos medios exponen la república.

Si entráis pues , señores , en las

justas ideas de vuestra profesion de cristianos , en las de vuestro honor , propio interes y bien universal de la patria , arrojaréis al punto unos adornos , que igualmente os hacen despreciables á los hombres cuerdos , que reos del estado y de lesa Magestad divina : poneos , os ruego , en tiempo á cubierto de su ira , para no ser visitados con rigor en el dia del juicio , segun la expresion de Sofonias : *in die hostie Domini visitabo super principes , et super filios regis , et super omnes , qui induti sunt veste peregrina.*

¡Omnipotente y sempiterno Dios! que domináis poderosamente el corazon de los mortales , y sois mas árbitro de ellos que sus mismas voluntades , contened , Señor , el torrente impetuoso de nuestras pasiones , é iluminad el entendimiento de los padres de familias , de los magistrados y superiores , para que acierten á corregir y exterminar del

220 SERMONES

pueblo cristiano el abuso criminal de los vestidos costosos é indecentes, que conducen tantas almas al abismo, y nuestra amada patria á su ruina. Hacednos dóciles á vuestra santa palabra, fieles executores de vuestras voluntades, zelosos de vuestra ley santa, amantes de la modestia, y acreedores en fin á vuestras divinas promesas. Amen.

DIXE.

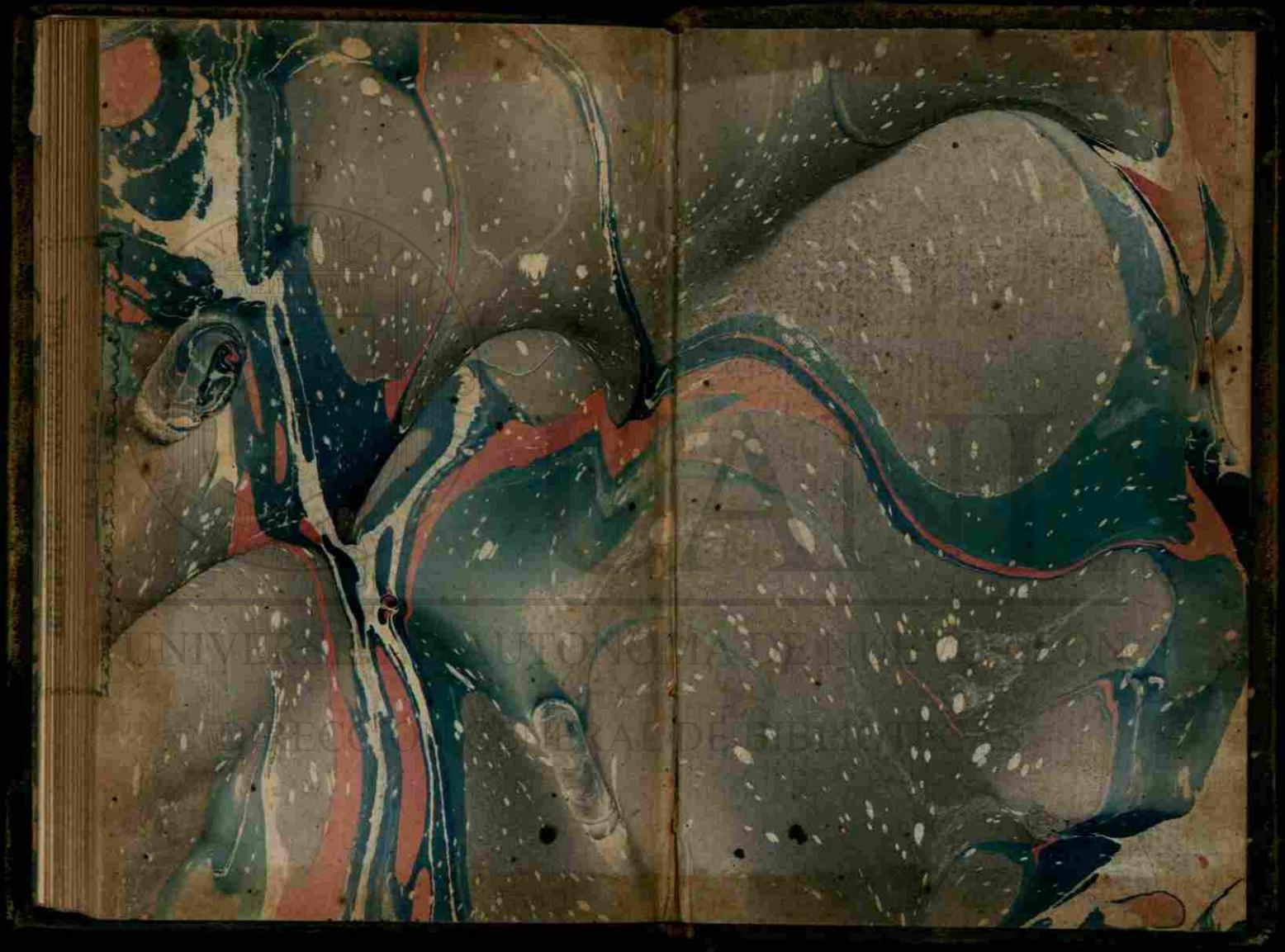
O. S. C. S. R. E.

M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrinó.

INDICE

de los Sermones que contiene este tomo.

- Sermon I. Sobre la reverencia debida al templo. Pág. 1.
 Sermon II. Sobre el negocio de la salud eterna. 40.
 Sermon III. Sobre el impenitente moribundo. 79.
 Sermon IV. Sobre el Juicio final. 113.
 Sermon V. Sobre el Infierno. 152.
 Sermon VI. Sobre los trages profanos, y sus consecuencias. 187.



E NUEV
BLIOTEC